

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,

Calle del Duque de Alba, n. 13.



LA ALQUERIA DE BRETAÑA.

Drama en cinco actos y en prosa, escrito en francés por F. Soulié, *y refundido y arreglado á la escena española por* D. Luis Olona, *representado con grande aplauso en el teatro del Instituto, en el mes de octubre de* 1847.

PERSONAGES	ACTORES.
Kerouan.	D. *José Calvo.*
El general D' Esteve.	D. *Antonio Barroso.*
El marques de Monteclain.	D. *José Rodés.*
Jorge D' Esteve. . .	D. *Manuel Pastrana.*
Pornic.	D. *Manuel Aguirre.*
Ali.	D. *José Dardalla.*
Domingo.	D. *Manuel Barja.*
Brias.	D. *Antonio Fenoquio.*
Mr. de Avantiannes.	D. *José Saez.*
La condesa de Beauval.	D.ª *Cármen Fenoquio.*
Luisa.	D.ª *Rita Revilla.*
Jeny.	D.ª *Joaquina Molist.*
Mme. de Brias. . . .	D.ª *María Revilla.*
Mlle. de Brias. . . .	D.ª *N. Sanchez.*
Magdalena.	D.ª *Jacinta Cruz.*
Mariana.	D.ª *N. Cruz.*
Luis.	D. *N.*
Juan.	D. *José Guerrero.*
Francisco.	D. *N.*

Caballeros y señoras, bretones de ambos sexos; criados, Jokeis,

Año de 1847.

El teatro representa una llanura campestre. A la izquierda del espectador una valla formada de troncos y enramada, y que figura ser la entrada para el sitio destinado á la corrida de caballos. Un poco mas hácia el centro de la escena, un árbol grande y frondoso. A la derecha una casa con balcon practicable y en el cual hay una muestra que dice: *Posada ó parador de la estrella de oro.* Al fondo izquierda una alameda; al fondo derecha lo mismo. Al fondo de enmedio, campo, con algunas casas pintadas en él, etc.

A la puerta del parador mesas y sillas.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Al levantar el telon aparecen gentes de todas clases que beben, conversan ó transitan. A la izquierda varias aldeanas jóvenes asidas de las manos como si hubiesen concluido de bailar. A la derecha Ali con el uniforme del regimiento de caballería de cazadores de Africa y está sentado én primer término, y á la puerta del parador fumando en una pipa turca; Magdalena, Mariana, Ali despues Domingo.

Mag. (*á las otras y señalando á Ali.*) Basta de baile por ahora. No le veis que arrellanado está?

Maria. Pero, quién puede ser?

Mag. Acaba de llegar de Paris para asistir á las carreras que deben verificarse dentro de una hora; trae caballos soberbios.

Ali. (Miradme bien, graciosas compatriotas... no parece que les disgusta mi uniforme!)

Maria. Yo creo que ha de ser algun marqués turco.

Mag. Ah! Ved ahi al señor Domingo que nos sacará de dudas.... El que ha visitado las cuatro partes del mundo....

Ali. (Les mostraremos el talle.) (*levantándose y dando paseos.*)

Mag. Señor Domingo! señor Domingo! (*á este que sale y rodeándole todas.*)

Ali. (Domingo? Ah! Es el mismo!.... Sin duda el general no debe estar muy lejos.)

Domin. Eh! muchachas! que diantres ocurre? Quereis tomar mi persona por asalto? Pues os hago prisioneras. (*abrazando á María.*)

MARIA. Ay!

TODAS. Cómo es eso?

DOM. Para todas habrá; pero antes tengo que ir á tomar asientos en la tribuna del subprefecto para el general y su hija. Que guapota estas hoy, Magdalena!

ALI. (Magdalena?)

MAG. Suélteme usted. Gasta usted unas bromas... suélteme usted, ó se lo digo á mi tio Kerouan.

ALI. (Es la misma! Cómo ha crecido!)

MARIA. Señor Domingo... Conoce usted ese trage? (*señalando á Ali.*)

DOM. Cuál?

MAG. El de aquel jóven.

ALI. (Hay revista de inspeccion?)

DOM. Bah! Yo no sé que disfraz es ese.... Y de donde ha venido el tal jovencito?

MAG. Llegó de Paris hace dos horas con mi padrino el marqués de Monteclain.

DOM. Si? Pues entonces no debe ser nada bueno.... Algun saltimbanqui, cuando mas algun lacayo.

ALI. (*acercándose á Domingo y dándole una palmadita en la espalda.*) No porque haya usted pertenecido á la antigua guardia, desdeñe á un soldado moderno.

DOM. Esto... un soldado?

ALI. (*con gravedad.*) Como quien dice. Primero de cazadores de Africa.

DOM. Cazadores de Africa? (*con desden.*) Sí, he oido hablar alguna vez...

MAG. Yo tambien.

ALI. Es que han dado mucho que contar.

DOM. Ya quisieran compararse á otros!

ALI. A los de la antigua guardia por ejemplo? Y qué? Cada uno tiene su gloria. Ustedes conquistaron la Europa.... Está muy bien. Nosotros conquistaremos el Africa.... y no estará del todo mal. Es cierto, señor Domingo?

DOM. Eh?

MAG. Calle! Le conoce á usted!

DOM. Habrá leido los boletines del gran ejército...

ALI. El señor Domingo de Blain, antiguo sargento y hoy mayordomo del general D' Esteve.... otro veterano, conde del imperio y muy duro de cocer, que á la sazon vive retirado en Machecoul con su encantadora hija.

MAG. Sí, la señorita Jenny.... una de las jóvenes mas hermosas del pais.

ALI. Y que habrá crecido tanto como usted, graciosa Magdalena.

MAG. Como! Tambien me conoce!

ALI. Y no será en verdad por los boletines.... eh? Magdalena Leroe, huérfana y bajo la proteccion del señor Kerouan, breton por esencia y potencia; arrendador del señor marqués de Monteclain y soldado de la primera en 1795,=de la segunda en 1815—y de la tercera en 1830... algo despierto, condecorado con la cruz de san Luis, y que aun puede manejar una espada á pesar de sus 65 años ... Me esplico, señor Domingo?

MAG. Pero quién es usted en fin?....

DOM. Aguarda un poco. Tú has dicho, el primero de cazadores de Africa?

ALI. Segundo escuadron.

DOM. Cristóbal Kerouan. (*como si leyera la lista.*)

ALI. Presente. (*cuadrándose.*)

MAG. Mi primo!

DOM. Con que eras tú, bribon?

ALI. Sí, señor Domingo. Voto al demonio! N[illegible] me reconoció usted desde luego?

DOM. Es que como al partir hace seis años... No teniais eso. (*señalando los bigotes.*)

ALI. Ni esto. (*descubriendo su frente y mostrando una cicatriz. en seguida aparta el albornoz y descubre una cruz.*) Ni esto.

DOM. La cruz! Mil granadas! Bravo! Bravo! abrázame.

ALI. Con mil amores... Y á ti, Magdalena... sino te asustan los bigotes.

MAG. Los negros no.

DOM. Ingrata! Pero hombre, por qué llevas oculta esa cruz?

ALI. Porque es una sorpresa que preparo á mi padre.

DOM. Como! No le has visto todavía?

ALI. Acaso está aquí?

MAG. Llegando tú de Paris con el marqués de Monteclain, debias saber que mi tio Kerouan se halla en estos sitios para asistir á las carreras... El marqués le escribió para que viniese..

ALI. No es posible! Me lo hubiera dicho!

MAG. Creeme. Si yo misma le he leido la carta á tu padre... Como él no sabe y Luisa no estaba en aquel momento en la alquería... aunque volvió precisamente al otro dia... porque ha pasado tres meses en casa de nuestra tia Susana..

ALI. Luisa... Mi hermana.... Dime, Magdalena, está tan linda como tú? Ella prometia serlo hace seis años.

DOM. Y lo es!

ALI. Que gusto!... Pero concluye tu historia. Dices que el marqués escribió á mi padre?....

MAG. Sí, hombre. Para que trajese á las carreras sus caballos bretones; y añadiendo... «Ven, amigo mio.» Ya sabes cuanto quiere á tu padre. «Ven que te preparo una muy agradable sorpresa.»

ALI. Sí. La sorpresa soy yo. Y mi padre ha venido?

DOM. Ya te lo dije hace una hora. Está en aquella tienda de campaña, donde se hace el asiento de los caballos que han de correr luego.

ALI. Y tú has venido con él... y tambien Luisa... (*á Magdalena dispuesta á marchar.*)

MAG. No. Ella se ha quedado en la alquería. Era preciso dejar allí á alguno...

ALI. Pero está buena, eh?

MAG. Sí.... á pesar de que.... como... ya sabes ha sido educada en un convento con la señorita Jeny.... casi nunca rie.... siempre suele estar triste... pensativa...

ALI. Razon de mas para haberla traido.

MAG. No quiso. Y como mi tio no la contradice en lo mas mínimo...

ALI. Pues no me gusta á mi eso.

DOM. Y qué? Vienes ahora á sermonear tú? Seria gracioso. No hay duda que con las lecciones de tu coronel..... Buen modelo es el tal marqués... para educar calaveras no hay otro!.. (*con ironia.*)

ALI. En efecto, que lo que es mi gefe...... Pero cargue el diablo con tanta charla inútil.... Es allí dónde está mi padre?

MAG. Sígueme: yo te guiaré.

ALI. En marcha. (*van á salir y aparece Ana en el fondo.*)

ESC ENA II.

Dichos y ANA.

ANA. Ali! (*llamando.*)
ALI. La señora condesa de Beauval en Bretaña?
ANA. Ha llegado tu amo?
ALI. Está almorzando con Mr. de Brias y otros amigos suyos... si quereis iré á decirle...
ANA. No. Tú puedes satisfacer mi curiosidad.
ALI. Perdone V. S.; pero un asunto urgente...
ANA. Es cosa breve. No eres de este pais?
ALI. Si señora. Es decir: de Machecoul, al lado allá del Loira.
ANA. Lo mismo dá. Conoces al general D' Esteve?
ALI. Un poco... por no decir que le conozco mucho. Pero ahi tiene V. S. á ese veterano que es su mayordomo, y no se ha separado de él hace treinta años.
ANA. Y que se llama sin duda, Domingo!
ALI. En persona.
ANA. Es el caso que... no quisiera dirigirme á él.
ALI. Perdone V. S.... pero á treinta varas de aqui está mi anciano padre... y no le he abrazado todavia.... lo cual me tiene sin sentido para todo. Ven, Magdalena... Señora condesa... Hasta luego, ilustre vencedor. (*las jóvenes se retiran.*)

ESCENA III.

DOMINGO y ANA.

ANA. Señor Domingo!
DOM. Tengo el honor. (Una conocida del marqués. Desde luego no es persona muy respetable.)
ANA. El general D' Esteve ha venido á las carreras, no es cierto?
DOM. Si señora. (Es por el general por quien...)
ANA. Y le acompaña la señorita Jeny, su encantadora hija?
DOM. Nunca se separa de su lado. (Vamos, es alguna amiga de colegio.)
ANA. Ustedes llegaron de Paris.
DOM. Antes de ayer. Y nos volvemos á la quinta hoy mismo.
ANA. Si? bien. Pero... el hermano de Jeny... Mr. Jorje.
DOM. (Aaah! malo! será por él.)
ANA. Ha venido tambien con ustedes?
DOM. Mr. Jorje. (*Monteclain y algunos jóvenes salen del parador.*) (Ya decia yo... esta es... no sé quién.) (*le vuelve la espalda.*)
ANA. Perdone usted, buen hombre. Le he preguntado, si Mr. Jorje estaba aqui? (*viendo que la ha vuelto la espalda enfadado.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MONTECLAIN, BRIAS y *Jóvenes.*

MONT. Aqui está... bella condesa... yo le he visto. (*acercándose á Ana y en voz baja.*)
ANA. Buenos dias, Monteclain. A Dios, Brias, sé que se halla usted como en familia.
BRIAS. Precisamente. He venido acompañando á mi madre y á mi hermana...
MONT. Señor Domingo: tengo el gusto de saludarle.
DOM. Señor Marqués, beso á usted la mano. (*bruscamente y vase.*)
BRIAS. Quién es ese jabalí de bigote erizado?
MONT. Uno de mis mas mortales enemigos. (*sonriendo.*)
BRIAS. Si? (*lo mismo.*)
ANA. Ese hombre... enemigo del Marqués de Monteclain?
MONT. Enemigo... subalterno. Cuerpo auxiliar, cómplice obediente, pero que al combatirme siente todo el fuego de un odio personal. Ya saben ustedes que hace seis meses tuve el capricho de querer que me nombráran diputado y miembro del consejo general de mi departamento...
ANA. Usted diputado, Monteclain?... De todas sus locuras, esa pretension era sin duda la mas absurda. (*Brias la ofrece una silla que acepta; todos la rodean.*)
BRIAS. No le renueve usted sus dolores, condesa. Quedó vencido del modo mas solemne...
MON. Es verdad. Y á ese buen Domingo es á quien se lo debo.
ANA. Al mayordomo del general D' Esteve? (*sentándose.*)
MON. Si, al mayordomo, que en aquella ocasion se hizo el ayudante de campo, el mensagero, el postillon, el intérprete y el propagador de los rencores de su antiguo general. Este inventaba las calumnias; el viejo solapado las estendia.
ANA. De veras? El general os calumniaba?
MONT. Suponiendo que mi conducta era la de un calabera sin freno!..
BRIAS. Que suposicion. (*con tono burlon.*)
MONT. Que yo no hacia otra cosa que seducir y comprometer á cuantas mugeres conocia...
BRIAS. Vamos, Marqués, sé franco. No has paseado por Paris, llevando del brazo, con la mayor insolencia, á cuantas deidades señalaba la fama con su dedo?
MONT. Pero señores, no parece sino que yo seduje á tan lindas criaturas. Por qué se me imputa una gloria ó un crimen que pertenecia desde antes á otros?
BRIAS. Es indiscreto como nadie. (*á Ana.*)
MONT. Digales usted que no, Condesa. (*bajo.*)
ANA. Pero es usted en cambio muy impertinente. (*bajo al marqués.*)
MONT. Por qué?... (*sonriendo.*)
ANA. El marqués... ya lo ven ustedes... se rie de todo... y de todos...
MONT. En cambio dejo á los demas que se rian de mí y me echen en cara mis defectos. Aun al mismo general D' Esteve, que hizo, en verdad, á los electores un retrato mio, capaz de hacer retroceder á los mas intrépidos.
ANA. Si, usted permite todas esas cosas... pero no las perdona nunca...
MONT. Yo? Y por qué? Las creo de buena guerra... por lo demas, si el General no es mi amigo... nada tiene de estraño. El es hijo de un pobre maestro de escuela de aldea... yo soy el heredero de los antiguos señores de su padre. El ha llegado á ser Conde del Imperio; pero nosotros, nosotros somos condes de Monteclain hace seiscientos años. Partió como soldado de la república y se ha visto detenido en su carrera en tiempo de la restauracion, cuando precisamente mi carrera empezaba. Ha hecho

diez veces mas esfuerzos que yo por su fortuna, y la casualidad me ha dado diez veces mas fortuna que á él. No son todas estas escelentes razones para que me aborrezca? Añadan ustedes á esto, que somos vecinos de campo, y que él tiene una casa y yo un castillo, él un jardin y yo un parque, que mi posesion domina la suya, y mis torres le quitan los mejores puntos de vista... y en fin, señores, que él pertenece á lo pasado y yo á lo presente; que es viejo y yo joven, y que por tanto él acaba y yo empiezo.

Brias. Y sin embargo... es mas fuerte que tú porque á pesar de ese sinnúmero de ventajas ha sabido derrotarte. Vamos... y sin duda para tomar la rebancha has venido á este miserable pais... (*riendo.*) El leon de las carreras parisienses viene á triunfar de su enemigo sobre la arena bretona de Lamballe... Magnífico! (*todos rien.*)

Mont. Por qué no, señores? Yo llevaré este triunfo mas allá de lo que ustedes creen... y quién sabe si prefiero los roncos gritos de victoria de estos rudos aldeanos, á los aplausos de las elegantes tribunas de Chantylli! Si, amigos mios: porque me hallo en el seno de mi noble, de mi antigua, de mi santa Bretaña. Oh! el aire de estos campos dá nueva vida á mi alma y á mi imaginacion. Si, cuando uno descansa de las pobres intrigas de la vida cortesana; cuando uno llega á hastiarse de las ridículas farsas de toda esa gastada sociedad, de las hipocresias con que en vano pretende ocultar sus debilidades, ó sus vicios, se cree uno dichoso al encontrar esa rudeza de idióma y de costumbres, inseparable compañera de la verdad y la honradez; esa probidad implacable por la que la palabra de vuestro enemigo es tan sagrada para vos como la de un hermano; esa austeridad de costumbres que hace del amor una religion santa y pura!..

Brias. Calle! no te creia tan poético!

Ana. Y sobre todo, tan indulgente para con sus enemigos.

Mon. Para los que son honrados y leales, Condesa, he sido justo siempre... y me envanezco de ello.

Ana. Tal vez podria encontrarse en esa justicia una secreta causa que usted no quiere revelarnos... La hija del General, señores, es una jóven encantadora. (*á los otros.*)

Mon. Ciertamente; su belleza es admirable, y dicen que su corazon es noble y generoso. Ella, sin ir mas lejos, es la que consuela á su padre de los pesares que le ha causado Jorge su hijo.

Brias. Conque ese Jorge D'Esteve, cuyos cuadros han obtenido tan buen éxito en la esposicion de este año, es hijo del General?

Mon. Si: y el mismo que en Italia (*con intencion.*) ha cometido todas esas escandalosas locuras por cierta dama...

Brias. Quién?

Mon. La conoce usted, Condesa?

Ana. Mucho. (*vivamente.*)

Brias. Y... su nombre?...

Ana. Pero yo dudo que las locuras de Monsieur Jorge D' Esteve por... esa dama... hayan dado tanto que decir, porque... él no tenia entonces reputacion ni fortuna....

Mon. (*bajo á Ana.*) Me he olvidado de decir que desgraciadamente para su reputacion, el pobre joven le dió mas que su fortuna, y...

Ana. (*idem.*) Monteclain, usted abusa de mi.

Mon. (*Brias al verlos hablar bajo, se aleja y conversa á un lado con los demas.*) No, pero.... si fuese alguna vez preciso, lo haré. A qué ha venido usted aqui?

Ana. Si usted fuera hombre que vengase las injurias que se le hiciesen... Se lo diria quizás...

Mon. Pero... cuando una se quiere hacer la misteriosa, no corre por entre la multitud, diciendo al primero que se encuentra. »Está aqui Monsieur Jorge D' Esteve?

Ana. Usted ha respondido que si.

Mon. Y la prueba de que es (*mirando á un lado.*) cierto... mirad... él es.

Ana. Jorge? (*mirando con ansiedad.*)

ESCENA V.

Dichos, Jorge *y* Domingo.

Jor. (Cielos! Ella aqui!) (*deteniéndose al ver á Ana.*)

Dom. Con que ya sabe usted; tres buenos asientos cerca del Subprefecto, y al lado del señor cura.

Jor. Bien, bien. Se lo diré á mi padre, vete. (*Domingo saluda y se vá.*)

Mon. Monsieur Jorge... tengo el honor... (*adelantándose.*)

Jor. Bien venido, Marqués.

Mon. No quiere usted estrechar mi mano? Olvida ya que soy uno de los mas sinceros admiradores de su talento... ó estamos por ventura en un tiempo en que los hijos heredan las preocupaciones de sus padres?

Jor. Usted es un ejemplo de lo contrario, Marqués, y yo le doy infinitas gracias. Pero he llegado á un punto de dependencia tal, que no puedo escuchar las mas leales palabras, cuando estas no suenan bien á los oidos de mi padre.

Mon. Si, pero usted es joven... usted tiene talento... No le falta tampoco valor.

Jor. Hay infortunios contra los cuales todo valor es inutil.

Mon. Si alguna vez puedo serle util... una palabra suya será para mi un mandato. Conque amigos mios, damos una vuelta por las Alamedas? (*á los otros y disponiéndose á marchar.*)

Ana. (Quédese usted.) (*á Jorge.*)

Mon. A Dios, condesa... usted no viene? (*á Jorge.*) Pues ea, hasta luego, amigo mio.

(Monteclain da la mano á Jorge, que se queda pensativo, y se vá con los otros jóvenes.)

ESCENA VI.

Jorge *y* Ana.

Ana. Es este el recibimiento que usted me tiene, Jorge?

Jor. Y... qué pretende usted al presentarse en estos sitios?

Ana. Usted estraña mi venida?

Jor. Si. No estamos por ventura separados para siempre? Qué quiere usted aun?

Ana. Empezaré por decirle... que he comprado las tierras que están al lado de las de Monteclain...

Jor. Qué oigo!

ANA. A fin de estar mas cerca de usted, caballero: de usted, que hace dos meses se ha encastillado en su quinta, donde...

JOR. Donde no me ha dejado usted tampoco gozar una hora de tranquilidad, escribiéndome nécias amenazas y dándome citas...

ANA. A las que usted no ha ido... Ah! Como han variado los tiempos!.. Antes era yo quien las acordaba!.. Es verdad que antes no era yo tampoco su esposa de usted!

JOR. Silencio!

ANA. Ya sé que este nombre le aterra, que nunca me perdonará usted esta union... Mas... usted no teme que yo me canse de sufrir tantos desprecios?

JORGE. Hable usted, señora. Sepa yo lo que usted pretende. Quiere usted mas oro todavia? Ya no tengo que darle.... Le he sacrificado la fortuna de mi madre para impedir mi última desgracia, para que no manchase usted, llevándolo, el nombre que de mi padre he recibido.

ANA. Y si yo le dijese que vengo á reclamar ese nombre que tambien me pertenece?

JORGE. Usted? Nunca! Nunca! Usted no lo intentará siquiera... porque ya sabe cual es mi resolucion si tal caso llegára. Porque usted sabe que si mi labio revela su terrible secreto...

ANA. No se atreverá usted.

JORGE. No? Cree usted que si la cortesana que se apellida condesa de Beauval, tomase mi nombre, ya perdido este; vacilaria yo en añadir un borron mas declarando á la justicia que esa muger, que es la mia, fue arrojada de la casa del duque de Hericy por un crimen...

ANA. Silencio....

JORGE. Tambien usted me pide que calle!

ANA. Jorge.... no me humille usted mas con lo pasado. Si mi culpa fue el ocultárselo, la suya fue el creerme. Por ventura cuando su padre de usted le escribia una carta tras otra para oponerse á nuestro casamiento, no le engañó usted tambien finjiendo obedecerle? No cometió usted otra falto por mi? Quien sabe si la mia...

JORGE. Basta. Presume usted que ha de burlarme de nuevo con esa hipocresia que ya conozco..? Señora, aléjese usted, no ponga usted á mas crueles pruebas mi sufrimiento, ó yo encontraré un medio en mi desesperacion...

ANA. Que! Dándome la muerte? Oh! espliquémonos de una vez. Todo se olvida en este mundo. Su padre de usted, que le ha tenido tanto tiempo lejos de su lado, le llamó al fin hace tres meses y le tiene á usted en su casa. Yo quiero mi parte de perdon.

JORGE. Y asi se atreve usted...? Adios, señora... no puedo escucharla mas, no quiero oirla una sola palabra; pero debo advertirla, que si cometiese la menor imprudencia... no vacilaria ante ninguna consideracion. (*va á salir y tropieza con Pornic que se presenta en el mismo instante.*)

ANA. Jorge! Jorge!

(Pornic es un poco contrahecho: camina con las piernas encorbadas, es malicioso, astuto, cobarde y gruñon, habla muy pausadamente, y tiene la calma de la hiena y la astucia del zorro. Su trage es como el de nuestros maragatos, pero pobre.)

JORGE. Bellaco!

PORNIC. Eeeeh? (*alzando su látigo.*)

JORGE. Te atreves á levantar la mano... (*le da un bofeton y se va.*)

PORNIC. Ah! (*con cólera llevándose la mano á la cara.*)

ANA. Qué es eso? (*volviéndose.*)

PORNIC. Los señores!... los nobles!...

ANA. Con quién hablas?

PORNIC. Asi tratan á los que... á los que tal vez son mas honrados que ellos!...

ANA. Qué dices?

PORNIC. Nada. Pero mejor estubiera ese orgullo para mirar por su honra.

ANA. Por su honra? Habla. Quién eres?

PORNIC. Un criado del arrendador Kerouan. Acabo de llegar de la alqueria para traerle un recado urgente.... Creen que todo no se descubre. Si el tal señorito está ciego.... que ponga en todo mas cuidado.

ANA. Pero que misterio encierran tus palabras..?

PORNIC. Ninguno.

ANA. Tú sabes algo de Mr. Jorge?

PORNIC. De él... no... pero de su... en fin, me callo.

ANA. Habla. Puedes contarme sin temor... (*dándole un bolsillo.*)

PORNIC. Señora... Cuanto dinero!

ANA. Di.

PORNIC. Es que he observado... usted no rebelará... en la cabaña de la tia Marta...

ANA. Viene gente. Sigueme.

PORNIC. Pero mi amo...

ANA. En seguida lo buscarás. Ven. (Qué será esto?) (*vanse.*)

ESCENA VII.

JENY, EL GENERAL, JORGE y DOMINGO.

GEN. (*apoyado en Jeny, á Jorge.*) Ya era tiempo de que viniese usted; hace una hora que le estoy aguardando. Sabe usted que hay dias en que apenas me permite la gota dar un paso, y sin embargo me deja usted ahi solo, con su pobre hermana, que apenas puede sostenerme.

JOR. Hasta hace un instante no pude encontrar á Domingo para que me dijese si estaban apartados los asientos, y... (*sale Domingo.*)

DOM. Cuando ustedes gusten.

GEN. Ya sé que no le faltan á usted escelentes razones para todo. Gracias. (*rehusando el brazo de Jorge.*)

JENY. Es que voy algo cansada.

GEN. Tú, hija mia? Pues bien, apóyate en mi brazo.

JENY. Con una condicion. Que usted se apoye tambien en el de mi hermano.

GEN. Jeny...

JENY. Porque no?.. (*con tono de súplica.*)

GEN. Sea. Vamos, Jorge. (*presentándole á este su brazo.*) Si siempre hubiese usted vivido á mi lado... (*Jorge baja los ojos.*)

DOM. Por aqui, mi General, por aqui!... (*Guiándolos.*)

ESCENA VIII

Dichos, KEROUAN y ALI.

KER. Je! Je! Mi General! (*rebozando de gozo.*)

GEN. Ola, mi buen Kerouan! Mira, Jorge; mas

vale que tú te adelantes y veas si está todo corriente para la fiesta. (*este saluda y se vá.*) Tienes dispuestos ya los caballos de tu Marqués de Monteclain? Ya verás si valen menos mis bretones... ya verás.

KER. No se trata ahora del Marqués ni de tus bretones... sino... de este mozo que aqui ves...

GEN. Este mozo... Un cazador de Africa?.. tu Cristóbal? (*mirandole.*)

ALI. Mil gracias, mi General, por haberme conocido.

KER. Y esto, General? Y eso? Y esto otro? (*señalando el galon de cabo, la cruz y la cicatriz, en el pecho de su hijo.*)

GEN. Diablo! Bien! Muy bien!

KER. Ya estaba yo seguro de que se batiria como un verdadero breton... sirviendo á las órdenes de Monteclain... Oh! Los Monteclains, son de la antigua raza!

GEN. No hay duda!... y se ha aliado á la dinastia de Julio. (*con mal humor.*)

KER. He! Es verdad... Confieso que me gustaria mas que Cristóbal hubiese ganado su cruz sirviendo á los otros. . pero en fin...

GEN. Lo mejor habria sido, para que valiese eso la pena, que lo hubiera conquistado en tiempos... en tiempos del otro.

ALI. (Anda! Ahora me van á traer á vueltas con el otro y los otros! Pues ya veo que aun estan á cada instante como los dejé hace seis años.)

KER. (*animándose.*) Oh! Cuando nos batiamos en el Bocage, era por la buena causa.

GEN. Cuando entrábamos en Viena, en Berlin, en Moscow... esa sí que era una guerra gloriosa!...

ALI. Perdone V. S., mi General, pero... sino he nacido en época tan buena, mi padre tiene la culpa... Que quiere V. S.... Los soldados de hoy hacemos lo que se ofrece, aguardando otra cosa mejor.

GEN. Yo no hablo de ti, Cristóbal... Pero todas esas cruzes, todos esos coroneles, todos esos generales que por ahi vés, me causan compasion. Que vale un puñado de árabes al lado de la Europa entera, á la cual nosotros combatiamos?.. Escaramuzas... sorpresas... combates parciales... tal es la miserable guerra que se hace por allá y que se parece mucho á la que en aquel tiempo nos hacian en este oscuro pais...

KER. Donde tú y tus soldados azules, fuisteis por mas señas batidos en varias ocasiones... (*vivamente.*)

GEN. Porque nos apiadábamos de estos pueblos rebeldes, al verlos cegados por el fanatismo.

KER. Os apiadabais! Si! Quemando las aldeas, asesinando á los sacerdotes, fusilando á los prisioneros.

GENE. Kerouan, tu no tienes derecho á decir eso, puesto que vives aun, á pesar de que nos haciais una guerra de bandidos.

KER. Entre los cuales no faltó quien te recogiese herido del campo de batalla, donde los tuyos te dejaban abandonado.

JENY. Padre mio...

GENE. (*dándole la mano.*) Bien! bien! tienes razon, Kerouan, y ya sabes que nunca me olvido de ello... Pero la verdad es, que en tiempo de Napoleon se peleaba.

ALI. Cree V. S., mi general, que nos acariciamos en Africa?

KER. Y á las órdenes de Catelineau... no lo negarás, se lanzaba el soldado á la bateria sable en mano y se reñia cuerpo á cuerpo. (*Monteclain aparece con sus amigos: dice una palabra aparte á un Jokey que desaparece.*)

ALI. Pero padre, se le figura á usted que los árabes me han enviado esta cuchillada por el correo?

KER. En fin, no hay mejor cruz que la de San Luis.

GENE. Oh! las buenas cruces eran las concedidas por el emperador!

ESCENA IX.

Dichos, MONTECLAIN, BRIAS *y jóvenes.*

MON. General, el emperador, lo mismo que el rey, las daba en nombre de la Francia.

GENE. Mr. de Monteclain!..

MON. Y el soldado que las gana en servicio de su pais, debe llevarlas con orgullo.

GENE. Señor marqués de Monteclain... Debo advertir á usted que no necesito sus lecciones.—Ven, Jeny.

MON. Perdone usted, general. Mi leccion es muy pobre... y... ni aun puede compararse con la que usted me dió hace algunos meses.

GENE. Cuando á fuer de buen ciudadano cumplí mi deber.

MON. Y como estoy seguro que usted aprecia á cuantos cumplen el suyo, contraigo á mi vez el de decirle, que Cristóbal es tan buen soldado como el mejor que haya usted conocido.

GENE. No lo dudo, caballero. Yo puedo no hallarme conforme con usted en muchas cosas, pero estoy convencido de que Cristóbal es un joven esforzado, y sé que en el hecho de servir á sus órdenes de usted, tiene delante el ejemplo de valor y de... No tengo mas que decir... Vamos, hija mia.

(Saludan á Monteclain que se inclina profundamente delante de Jeny y se entran en el parador, acompañados de los jóvenes.)

KER. Vé tú á ocupar mi asiento al lado de Magdalena. Yo me quedo por aqui, pues aun tengo que pasar la última revista á los caballos. (*se van por distinto lado.*)

ESCENA X.

MONTECLAIN y MR. BRIAS.

MON. (Qué hermosa es!) (*siguiendo á Jeny con la vista.*)

BRIAS. A la verdad, Monteclain, que me admira tu cortesia hacia ese áspero anciano.

MON. Mira á su hija.

BRI. Oh! seria una venganza deliciosa!.. (*riendo.*)

MON. Una venganza? Qué dices, Brias? Contra una joven inocente... casta, pura... Oh! dí mas bien que fuera la mas infame cobardia!

BRIAS. Pero tú la amas?

MON. No lo sé.

BRIAS. Cómo que no lo sabes?

MON. No. Hace un año que la vi en Paris, donde su padre habia ido para sacarla del convento, el mismo dia que salió tambien la hija de ese buen Kerouan que acaba de marcharse.

BRIAS. Hace un año, dices? Pues entonces fué cuando el ministro de la guerra te mandó volvieses á Argél, para poner fin al escándalo de tus amores con la ilustre Mercedes... aquella bailarina española.

MON. Estás en un error... Yo mismo fuí quien solicité mi vuelta á Africa. Una noche, en la grande ópera, vi entrar en un palco, que estaba frente al mio, á una jóven cuyo aspecto movió en el público todo, un murmullo de respetuosa admiracion. Ya conoces los defectos de mi caracter altivo. Habia conocido á Jeny por su padre y su hermano que la acompañaban... y me puse á sostener con la mas imperturbable obstinacion, que aquella jóven carecia de los encantos que los demas ponderaban. Tenia á mi lado á Dorval y Lassin... tú sabes que entrambos son de esos liones de reata que no tienen el ingenio de inventar una moda, ni el valor de abrigar un pensamiento propio... Los dos, por consiguiente, se adhirieron á mi opinion... y nunca, sin embargo, me pareció mas estúpida la suya.

BRIAS. Es particular!

MON. Todo el mundo continuaba ocupándose en aquella belleza... y mi necedad llegó al punto de que yo fijase en la jóven mis lentes con una constancia, poco política por cierto... El general palideció!.. Jeny se puso sonrojada... Retrocedí entonces. No ante la mirada iracunda del anciano, sino ante un rayo de luz, tranquilo, límpido y celeste que emanó de los ojos de Jeny. En seguida me retiré con disgusto profundo á un rincon de mi palco... Mercedes acababa de presentarse, y el público la aplaudia furiosamente. Todas las miradas, toda la curiosidad, habian dejado á aquella niña angelical, para fijarse en mi graciosa española, que cruzaba aérea la escena, y que por primera vez yo era el único que no la tributaba mis aplausos... porque arrastrado no sé porque imán irresistible, espiaba á Jeny desde el fondo del palco; (*Ana aparece en el fondo.*) admiraba su inocente alegria, sus infantiles sorpresas, sus virginales emociones, y... me decia sin querer á mi propio... «Si, allí, sobre esa escena, está la hermosura, la pasion arrebatada, la brillantez de la conquista, la envidia de mil rivales... pero en aquel palco... se halla la inocencia... la calma... la dignidad... la estimacion en el amor... la seguridad del porvenir»... Y poco á poco me llevaron mis ideas á tal punto, soñé de un modo tal en aquel contraste y en aquel angel que tenia ante mis ojos... que aquella noche misma...

BRIAS. Adorabas á Jeny... (*riendo.*)

MON. No. Pero no amaba ya á Mercedes... y al dia siguente partí para Argel.

BRIAS. Hiciste bien. Qué diablos quieres que suceda amando á la hija de tu enemigo? (*Ana aparece en medio de los dos.*)

ANA. Voy á decírselo á usted, Brias.

BRIAS. Me alegraria saberlo.

MON. Y yo tambien. Veamos, condesa, lo que sucederá.

ANA. Es muy sencillo. No sé como no se le ha ocurrido ya al buen ingenio de usted. (*á Monteclain.*)

MON No comprendo...

ANA. Qué ageno estará usted, amigo mio, de que yo lo sé todo.

MON. Todo?

ANA. De que acabo de saber cosas muy interesantes... y quien sabe si de una gravedad que espanta...

MON. Repito, que no entiendo. (*con ingenuidad.*)

ANA. Pero vamos á lo que sucederá, señores. Descubierto el secreto por Mr. D' Esteve... (*con aire burlon.*) Por supuesto que aun cuando encierren á esa joven en un convento... usted organizará un rapto que burle la mas estrecha vijilancia, y hará de modo que entre las tinieblas de la noche, caiga de una ventana á sus brazos de usted, el angel adorado... Marqués... y usted era el que moralizaba... No lo hubiera creido!..

MON. Es tan vulgar y de tan mal tono esa ironía... que no haria caso de ella... á no envolver sus palabras de usted un misterio... que ignoro... pero que en esos lábios desde luego me ofende. Asi pues, y como nunca me ha gustado aparecer en ridículo á los ojos de nadie... salgo para Nantes dentro de dos horas.

BRIAS. Cómo?

ANA. Se vá usted?

MON. Si. A pedir algunas noticias al duque de Hericy, mi tio...

ANA. (Cielos!) Sobre qué? (*riendo.*)

MON. Sobre la muerte de una tal Isabel Pommier... que desapareció hace cinco años...

ANA. Buen viage, marqués... (*procurando dominar su turbacion.*)

MON. Veré si me decido á hacerlo. (*mirándola con intencion.*)

(En este momento se oye un toque de clarines. Una multitud numerosa de elegantes caballeros y damas, jokeis y aldeanos bretones atraviesan por el fondo.)

ESCENA XI.

Dichos, amigos de Monteclain, y luego KEROUAN *y* ALI.

MON. Oye usted? Las carreras empiezan. Quiere usted hacer alguna apuesta, condesa?

ANA. Con mucho gusto. (*serenándose.*) Y para ello podremos subir á mi cuarto. Es el de ese balcon, y se domina perfectamente el campo de batalla. Mejor estaremos qué en esa tribuna, donde tan cerca hallariamos á su enemigo de usted, el general.

MON. Acepto. Quiere usted apoyarse en mi brazo? (*estas galanterias puramente superficiales, deben hacerse con cierta ligereza, que no destruya la adversion que se tienen el uno al otro.*)

KER. (*saliendo.*) Esta si que es desgracia! Se portan bien los Jokeis de Paris! El que usted habia traido se ha embriagado!

MON. Si? (No le mandé yo que hiciera tanto.)

KER. Y como usted me escribió diciéndome que no era preciso que viniese conmigo Pornic...

BRIAS. Pero no has traido mas que un Jokey?

ANA. Qué poca prevision!

MON. Ya encontraremos alguno.

KER. precisamente Luis, el Jokey del general, es el mejor ginete de toda la comarca!..

ANA. No creo que vá usted á ganar la apuesta, marqués.

MON. No importa. Fijémosla.

Ana. Veinte luises contra usted.
Mon. Convenidos. Brias, quieres ser por un instante el caballero de la condesa?
Brias. Señora... (*ofreciéndola el brazo.*)
Ana. Marchemos. (*se van y á poco aparecen los dos en el balcon.*)
Mon. Dónde está tu hijo? (*á Kerouan.*)
Kero. Allí. (*señalando al sitio de la liza.*)
Mon. Llámale.
Kero. Cómo! Querria usted por ventura, que montase á caballo con todo ese uniforme?... Pesará 20 libras mas que las que permite el reglamento.
Mon. Llámale, repito.
Kero. Eh! Cristóbal!... Cristóbal!... Está sordo ese muchacho? (*llamando.*)
Mon. No. Pero puede haberse olvidado de ese nombre. Ali! Ali! (*alzando la voz.*)
Ali. (*dentro.*) Mi coronel!
Kero. Ven acá.
Ali. Presente. (*saliendo á todo escape.*)
Mon. (*ap.*) Escúchame bien. Nion acaba de emborracharse por orden mia... (quieres montar la yegua castaña?)
Kero. (*nuevo toque de clarines.*) La segunda señal. Un momento. Un momento. (*yendo al foro y dirigiéndose á la colina, en tanto el marqués le habla al oido á Ali. siguen hablando bajo.*)
Ali. (Como! Esta es la vez primera que V. S. me manda una cosa semejante.)
Mon. (Lo quiero. Deseo dar este buen rato al general.)
Ali. (En tal caso no replico. Qué lástima! Yo que me las apuesto con el mismo Ad-el-Kadel..)
Kero. Vamos, vamos... ya estan ahi los caballos. (*señalando á la izquierda.*)
Mon. Me has entendido?
Ali. Si señor. Procuraré... (*con pena.*)
Kero. Ahora veremos. (*á Ali.*)
Ali. No se lo aconsejo. (*yéndose.*)
Kero. Eh? Qué ha dicho? (*vase.*)
Voz. (*dentro.*) Plaza á los ginetes. (*suena el clarin.*)
Ana. Y mis 20 luises? (*al marqués desde el balcon.*)
Mon. Apostamos 40? (*Kerouan sale con una escalera que apoya en el árbol grande que hay á la izquierda.*)
Ana. Sean.
Mon. Qué, no vas á la tribuna?
Kero. No señor. Temo no poder contenerme si hace un desatino... (*siguen en el balcon Ana y Brias.*)
Brias. Condesa... los 40 luises de usted se quedan atrás. (*mirando á la liza.*)
Mon. (Se atreverá á ganar Ali, y á desobedecerme!)
Kero. Es un chico que vale... (*en la escalera.*)
Ana. Sin embargo, el jokei del general adelanta ahora...
Mon. (Respiro!)
Kero. Oh! Ah! (*alargando la cabeza con inquietud y en seguida baja.*)
Mon. 60 luises. Yo conozco bien á Ali. (*á Ana.*)
Ana. Ciento.
Mon. Ciento.
Brias. Ali vuelve á ganar terreno. (*Kerouan ha estado oyendo la apuesta, y al oir á Brias se anima y vuelve á subir la escalera contento.*)
Kero. No lo decia yo?

ESCENA XII.

Dichos y Pornic.

Pornic. Pero dónde anda toda la gente? Padrino? (*dando voces; se oyen aplausos.*)
Mont. Eres tú, Pornic? A quién buscas?
Pornic. Dios guarde á V. S. señor Marqués. Buscaba al Señor Kerouan.
Mont. Ahi le tienes. Creo le harás un favor con impedirle que vea la derrota de sus caballos bretones.
Pornic. Que la vea! No ha querido traerme? Me alegro! Dónde está?
Mont. No lo ves?
Pornic. Ah! Padrino! (*al pie de la escalera.*)
Kero. Calle! Qué es lo que hace? Suéltale mas bridas, mas. (*mirando á la liza y gritando.*)
Pornic. Padrino!
Kero. Pero ha perdido el seso? Si parece que lo está haciendo adrede! (*lo mismo.*)
Mont. (Ya lo creo!)
Voces. (*Dentro!*) Bravo! Bravo! (*dentro toda la gente; Ana y Brias desde el balcon aplauden: se repiten los aplausos y se oye la música.*)
Ana. Coronel... me debe usted cien luises. (*desde el balcon y se entran.*)
Kero. Torpe! Imbécil! Y á eso llaman montar á caballo! Miserable! (*bajándose de la escalera, y andando con ella á cuestas por la escena.*)
Pornic. Padrino... he venido á...
Kero. Déjame. (*dejando la escalera.*)

(En este momento mucha gente atraviesa otra vez la escena por el fondo, y en seguida salen el General, apoyado en Domingo y reventando de gozo: encuentra á Monteclain que se pasea sonriendo.)

Gene. Ah! Señor Marqués... Señor Marqués. Todavia valemos algo... nosotros los de tiempos antiguos... Si no corremos ya, sabemos hacer correr... Jeny, Jeny... (*al bastidor.*) soy contigo al instante. Quiero ir á ver á mi pobre Jokey. (*con aire de triunfo.*) Se ha portado como un héroe, y merece... hasta la vista, coronel... hasta la vista!... (*se vá y Domingo.*)
Mon. (Bien vale esa alegría los cien luises! Oh! Estoy seguro que me aborrece mucho menos ahora.)
Kero. No se lo perdonaré nunca. (*siempre perseguido de Pornic.*)
Pornic. Padrino!
Kero. El diablo cargue contigo.
Mon. (Pobre Kerouan! Dejemos que se le pase su inocente cólera, y vamos á consolar á Ali. (*vase.*)

(En este instante sale Jeny con la señora de Brias y su hija, y varios jóvenes y señoras. Monteclain saluda respetuosamente á Jeny, y luego á las demas señoras y se vá. Todas ellas permanecen hablando en el fondo. Kerouan sigue paseando agitado y seguido siempre de Pornic.)

Kerou. Porque vienen de París ó de Argel, creen que todo lo saben!...
Pornic. Eso es.. (*siguiéndole.*)
Kerou. Y porque trotan en el ejercicio sobre un triste caballo de la remonta...
Pornic. (*en el mismo tono y siguiéndolo. Jeny ha reparado en los dos con gran atencion.*) Un penco, lo que se llama un penco..
Kerou (*lo mismo.*) Se figuran que son capaces de correr en animales de valia, de reputacion, que tienen pies de fuego y una boca de niño

reciennacido. Imbécil. (*Jeny parada le observa con mas atencion.*)
PORNIC. Imbécil. (*lo mismo, siguiéndole.*)
KEROUA. Qué dices? (*parándose y volviéndose á Pornic. Las señoras y caballeros se dirigen hácia el parador.*)
PORNIC. Digo... Imbécil... (*parándose.*)
KEROU. Cómo! Y es así como tú hablas de mi hijo? Tunante!
PORNIC. Su hijo de usted? Su hijo de usted? Calle! Era él!... Me alegro!
KEROU. Te alegras? Pues toma. (*le da una bofetada.*)
PORNIC. Padrino... padrino... sosiéguese usted... si yo quise decir que me alegraba de su vuelta! (*entran todos en el parador, Jeny se queda observándolos.*)
KEROU. Pero á qué has venido aquí?
PORNIC. Es que... ayer.. la señorita Luisa...
KEROU. Mi hija? Le ha sucedido alguna cosa? (*Jeny escucha con gran cuidado.*)
JENY. (Hablan de Luisa.)
PORNIC. Hizo.. como si dijéramos un lio de ropa.. y me dijo que aunque habia pasado en casa de su hermana de usted tres meses y solo hacia cuatro dias que estaba de vuelta... iba á volverse allá, mientras usted se estaba por aquí.
KEROU. Bien; y qué?
PORNIC. Que... en seguida... me dijo... si cuando mi padre venga de las carreras, no he vuelto yo... dale esta carta. (*sacándola.*)
KEROU. Esta carta? Y por qué me la traes aquí?
PORNIC. Porque .. al decirme eso... la señorita Luisa, tenia los ojos tan hinchados... como de llorar... y una voz tan ronca... la verdad, me asusté... enganché un carro... y... he venido á traer el billete.
KEROU. No comprendo... Magdalena! Magdalena! (*llamando y luego á Pornic.*) En dónde está, torpe! Me dás la carta cuando te consta que no sé leer! Magdalena!
JENY. No podria yo reemplazarla, Kerouan? (*acercándose vivamente.*)
KER. Como! tanto honor, señorita Jeny... con mil amores... usted es la amiga de Luisa... y estoy bien seguro que sentiria usted mucho cualquier cosa que á ella le hubiese acontecido! Qué es lo que tienes tú que hacer aquí. (*á Pornic.*)

(Pornic se acerca á escuchar; Kerouan le coje de una oreja y lo deja al fondo de la escena; entretanto, Jeny lee para sí la carta.)

JENY. (Gran Dios!)
KER. (*volviendo al lado de Jeny.*) Vaya, lea usted, lea usted; me late de tal suerte el corazon. Qué es lo que dice? Está mala por ventura?
JENY. No... no... (*sin saber que responder.*)
KER. Pero que es lo que dice? (*aplica el oido para oir la carta que Jeny no lee.*)
JENY. Que ha sabido que su tia Susana está enferma... y parte para cuidarla.
KER. Ah! Bien. Ya me lo dijo Pornic. No hay mas?
JENY. No hay mas.
KER. Es singular! (*despues que toma la carta á Jeny y pasando su vista por ella, como admirado de sus pocos renglones, sale Monteclain.*)
MON. Y bien, pobre Kerouan, se ha aplacado tu cólera contra Alí?
KER. (*tomándole de la mano y llevándole aparte.* Una palabra, señor marqués.
MON. (*á Kerouan que le ha hablado bajo; Jeny muestra grande inquietud.*) Quieres que te lea esa carta?
KER. Sí, al instante!
JENY. Dios mio! Está perdida!)
MON. (Que inquieta está Jeny! Qué será esto?) Pero si ya la señorita Jeny te la ha leido... (*con intencion.*)
KER. No importa!
MON. (Acerté!)
KER. Me la ha leido de un modo que... En fin, leála usted.
MON. Bueno. (*lee para sí.*) (Cielos!)
KER. Y bien?
MON. Nada.!. La señorita Jeny te dijo que...
KER. Que mi hija partia para asistir á mi hermana Susana....
MON. (Oh! noble criatura!) Pues eso es...
KER. A mi hermana Susana que está enferma!...
MON. Que está enferma; cabal.... No hay en la carta otra cosa que lo que te ha leido esta señorita, á cuyos pies tengo el honor de ponerme!
JENY. (Ah! me ha comprendido!) (*le devuelve el saludo.*)
KER. Es estraño! la carta me parecia mas larga. (*pensativo.*)
MON. Porque me pone en ella las cuentas de la alquería para que yo las apruebe.
KER. Ya! (*alarga la mano para tomar la carta, Monteclain se la guarda.*)
MON. Las revisaremos un dia de estos.
JENY. (Oh! si yo pudiese llegar allí antes que Kerouan!) (*vase.*)
GENE. (*dentro.*) Domingo!
KER. (*á Alí que sale.*) Te has portado por vida mia! (*al verle.*)
MON. (Gracias, mi fiel Alí.) (*á él.*)
KER. A ver si nos volvemos á la Alquería.... no dijiste, que habias traido un carro?.. (*á Pornic.*)
POR. Pero si... Cristóbal!.. (*mirándole.*)
KER. El carro, necio!
POR. Ahí fuera está!... (*de mal humor.*)

(Sale el general con Domingo y su hija, Ana, Brias y los otros jóvenes salen del parador.)

GENE. No, no. Quiero irme en compañía de Kerouan! (*á Jeny.*)
JENY. (No puedo salvarla!) (*echa una mirada de súplica á Monteclain que la comprende.*)
MON. Perdone usted, general, pero necesito de Kerouan y de Alí, por un par de dias.
GENE. Caballero, Kerouan es su arrendatario y no me opongo...
KER. Pero señor marqués...
MON. Es preciso...
POR. Entonces, partiré solo...
MON. Quédate tambien.
ANA. (No se vá.)
MON. Adios, mi general!
GENE. Adios, marqués!
JENY. (Oh! mil gracias, en nombre de ella.) (*al irse á Monteclain.*)
MON. Sálvela usted si es tiempo.
ANA. (Se hablan bajo. Ah! Pornic no ha mentido. Ya tengo un arma poderosa para triunfar!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la entrada de la Alqueria de Kerouan. A la izquierda del espectador, puertas que conducen á las habitaciones interiores, y fachada de la casa. Al fondo una especie de cercado ó empalizada, cuya puerta la forman dos barras de madera: mas allá de la empalizada un árbol pintoresco. A la derecha del público, asientos de piedra bajo un emparrado, y sillas colocadas exprofeso como para celebrar una fiesta.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, LUISA, *sentada*, PORNIC, *colocando las sillas.*

MAG. Vamos, despacha. (*á Pornic.*) Tanto tiempo para nada.

POR. No corre prisa.

MAG. Pues! Daremos lugar á que todo el mundo venga... y yo no me habré puesto siquiera una flor.

POR. Coqueta!

MAG. Coqueta, porque quiero presentarme como es regular en la fiesta de hoy?

LUI. La fiesta de hoy!.. (*con amargura.*)

MAG. Con que tono lo dices! Nadie lo creeria.... al fin es tu cumpleaños, y el señor marqués de Monteclain ha querido que se celebre con toda solemnidad. Que buen amo! No es cierto? A ejemplo de sus antepasados, ha mandado preparar una fiesta; y como no hay en su castillo dama alguna, te ha nombrado la reina del baile. Y eso que no faltan por estos contornos señoras de Paris que pudieran... ha convidado á todos sus amigos.

LUI. Que suplicio!.. (*ap.*)

POR. Por señas que apenas volvimos de las corridas, hace cuatro dias, no se ha ocupado de otra cosa. Ha visto usted, señorita, qué bien ha mandado adornar la alameda del parque?

MAG. Pero Luisa, es posible que nada te haga desechar esa tristeza?... Vamos, vamos. Si mi tio Kerouan viniese y te encontrára asi...

POR. Ya bajá! No sabes que está con el general recorriendo estos alrededores desde esta mañana? Y que trabajo le ha costado reducir al viejo á que asistiese á la fiesta! No queria admitir el convite del señor marqués... Pero el señor Kerouan es mas testarudo, y hasta que lo consiguió... Si el otro supiera.... (*con malicia.*)

MAG. Qué?

POR. Nada. (No tardará mucho.)

MAG. Alguna habladuria de las tuyas.

POR. Pues!

LUI. Siempre estais riñendo!

POR. Porque en todo se mete.

MAG. Porque te conozco, y se lo mal que piensas siempre de todo.

LUI. Basta.

MAG. (*á Luisa.*) Mira, sin ir mas lejos, el sobresalto que causó hace cuatro dias á tu padre, cuando le fue á llevar tu carta á las corridas.

LUI. (Cielos!)

POR. Yo...

MAG. (*imitándole.*) He visto llorar á la señorita Luisa..! me he asustado..! puro pretesto para irse allí á divertir.

POR. Mientes.

MAG. Hemos vuelto... Y qué? te encontramos lo mismo que siempre. Ni aun siquiera tuviste necesidad, segun nos han contado, de visitar de nuevo á tu tia, pues supiste despues que estaba mejor. Qué dices á eso?... (*á Pornic.*)

POR. Qué se yo?

MAG. Ah! la señorita Jeny... Ya deben estar cerca el general y tu padre! Yo voy á adornarme un poco. (*vase por la izquierda.*)

LUI. Si, si.

POR. Y yo tambien quiero adornarme... Me voy á poner mis zapatos nuevos. (*vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

LUISA *y* JENY.

LUI. Jeny! Jeny! eres tú?

JENY. Si, yo que me he delantado á mi padre, para prestarte la serenidad de que careces, y rogarte que no noten en la fiesta tu profunda melancolia: ánimo, Luisa, mi buena amiga; es preciso que no dés que sospechar á nadie...

LUI. Y podré por ventura?... Si conocieras, Jeny, lo que sufre mi alma, la honda desesperacion que me consume... Oh! Soy muy desgraciada!

JENY. Acuérdate á qué horribles estremos esa desesperacion iba á conducirte hace pocos dias.

LUI. Ah! Si tú no llegas á impedirlo...

JENY. Te hubieras dado la muerte! Y tu hijo, Luisa? Y el cielo?

LUI. Pero... no comprendes que esta situacion no puede prolongarse? He vivido ausente de mi padre tres meses, fingiendo hallarme en casa de mi tia, á veinte leguas de aquí, y cuando menos se espere, una carta de ella, el menor incidente, descubrirá que en ese tiempo no he estado una vez sola donde mi padre me juzgaba... Qué haré entonces, Jeny? Confesar que presa de crueles remordimientos, habia ido á echarme á tus pies y que como á mi única amiga de la infancia, te habia revelado parte de mi fatal secreto?

JENY. Por Dios!.. (*mirando á todos lados.*)

LUI. Que tú te apiadaste de mi, que me aconsejaste esa ausencia para evitar los males que me amenazaban, y me confiaste al cuidado de esa pobre anciana, en cuya cabaña existe oculto desde entonces el fruto de mi infeliz pasion! Ah! Qué será de él, de mí, el dia funesto en que todo se descubriera? Pero tú lo protejerás como hasta aquí, Jeny, tú que frecuentemente vas á llevarle los ósculos de amor que su madre no puede estampar en su frente pura, tú no lo abandonarás si yo muero.

JENY. Siempre ese mismo pensamiento.

LUI. Siempre!

JENY. Y por qué, Luisa? Tan pocas esperanzas tienes en el porvenir?

LUI. Ninguna.

JENY. Oh!.. imposible. Ya es fuerza que yo sepa el nombre que con tan increible tenacidad me has ocultado hasta ahora.. A mi, tu fiel amiga, á quien nada reservaste nunca...

LUI. Jeny... Perdóname... no puedo.

JENY. Pero... será ese hombre capaz de dejarte abandonada á tu dolor? Quién es? Habla.

LUI. No, no!

JENY. Pues bien, desisto por ahora de saberlo. Tu amistad... no lo reservará por mucho tiempo á la mia...

LUI. Tal vez.

JENY. Desecha esas terribles ideas que te persiguen; alienta, mi querida Luisa... Dios no ha querido que cometieses el crimen que meditabas. Dios sin duda, puso en mi mano la carta que á tu padre escribiste... Un suicidio, Luisa!... No sabes que es el mayor de los delitos! Oh! por fortuna pude llegar á tiempo. Yo te ayudaré á soportar tus dolores, yo invocaré contigo la clemencia del cielo... yo seré el apoyo de tu hijo, suceda lo que quiera... Ya sabes que no estoy sola para velar por él.

LUI. Si, si... El marqués de Monteclain... ese alma generosa...

JENY. Aunque sin conocerme se asoció desde luego á mis sentimientos... Oh! los nobles corazones tienen un mudo lenguaje para comprenderse sin la menor palabra!

LUI. Con cuanto placer le veria dichoso... Es tan digno de ser amado... Jeny!..

JENY. (*tristemente.*) Oh! no prosigas!

LUI. Como!

JENY. Nada. Dejemos esto, y piensa que tu padre debe llegar en el instante... yo me adelanté á pocos pasos de aquí...

LUI. Y el tuyo asistirá tambien á la fiesta?

JENY. Para marcharse en seguida. El paseo le ha fatigado mucho, y aun no habria venido si hubiésemos encontrado á Jorge, á quien en vano aguardábamos hace mas de una hora para que me acompañe.

LUI. (*turbada.*) Jorge... vá á venir!..

JENY. Si.. mas para nada puede contarse con él... Tan alegre, tan bullicioso en otro tiempo, y ahora presa de un dolor y de una melancolía inesplicable.

LUI. Y... tú no sabes... (*con ansiedad.*)

JENY. Silencio. He aquí á tu padre y al mio.

LUI. Ah! Su presencia no te asusta! tú eres dichosa!

ESCENA III.

Dichos, KEROUAN, EL GENERAL, ALI, DOMINGO, *despues* PORNIC Y MAGDALENA, *dos criados de la Alquería.*

(El general sale apoyado en el brazo de Kerouan. Al tiempo en que vá á pasar la puerta, Ali salta rápidamente por encima de la empalizada con su fusil de caza y se cuadra militarmente delante del general.)

ALI. Fuera de enmedio... (*á los criados.*) Firmes! Presenten...

KER. Ola! Eres tú, Cristóbal?

GENE. (*sonriendo.*) Buena apostura!

DOM. Yo las he visto mejores!

KER. Y... que vienes á anunciarnos tan solemnemente?.. (*á Ali.*)

ALI. Que los mozos del pais, llegarán pronto con la música al frente á buscar á la reina de la fiesta.

GENE. Ves lo que te decia? (*á Kerouan señalando á las dos jóvenes.*)

KER. Qué?

GENE. Siempre hablando en secreto! (*á Jeny.*) Cualquiera que os viese así á todas horas, creeria que teniais ambas que gobernar un reino!

LUI. Era yo... yo sola, señor general, la que hablaba con Jeny.

KER. Y has hecho bien. Que diablos! No parece sino que al esperar una fiesta, no tienen de que charlar dos muchachas.

GENE. (*á Jeny.*) Tanta prisa para adelantarte á nosotros, y aun no has ofrecido, segun veo, tu regalo á Luisa?

JENY. (*acordándose.*) Se lo estaba anunciando precisamente. (*saca una cajita.*) Estos son los pendientes. (*á Luisa.*) Admítelos como prueba de nuestra amistad.

KER. Hombre!.. (*al general.*)

GENE. Son cosas de chicas...

LUI. Te agradezco...

JENY. Voy á ponértelos. (*lo hace.*)

KER. Muchas gracias, señorita Jeny...

JENY. Te están muy bien.

KER. (*al general señalando á Luisa.*) Es muy hermosa, no es verdad? La quiero tanto!)

GENE. (Mas que yo á la mia?..)

KER. (Lo mismo.) (*sale Magdalena.*)

DOM. Hola, graciosa Magdalena!

MAG. Buenos dias, señor Domingo... Mi general...

POR. (*saliendo.*) (Ya están aquí todos... No... todos, no...) (*con intencion.*)

GENE. Adios, muchacha... tambien es muy linda... muy graciosa! (*á Kerouan.*)

DOM. Muy graciosa. (*por detrás de ella y á su oido. Se presenta Jorge.*)

MAG. Dale. (*retirándose.*)

LUI. (Es él.) (*con gran emocion al verle.*)

GENE. Vuelve á darme tu brazo, Kerouan. Hoy me tiene la gota completamente inutilizado. Y ya que mi señor hijo...

JOR. Aquí estoy, padre mio.

JENY. Qué tienes? (*á Luisa viendo su turbacion.*)

GENE. Ah! vino usted al fin, caballero? No parece sino que se esmera usted en recordarme faltas que yo en cambio desearia olvidar. (*se coge del brazo de Jorge.*)

KER. (Vamos, vamos, sé mas indulgente!)

POR. (Si no vendrá!)

GENE. (*á Jorge.*) Qué!.. no felicitas á Luisa por su cumpleaños?

JOR. (Cielos!) Si, iba...

LUI. Yo agradezco en el alma... (*se oye muy lejano ruido de música.*)

KER. Dejémonos de salutaciones. Ah! Ya oigo el ruido de la música. Y cuanta gente llega! (*asomándose á la empalizada.*)

MAG. Que gusto! (*Jorge y Luisa se están mirando oculta y fijamente.*)

KER. Calle! Y todos los señores y señoras que hay en estos alrededores, con el señor marqués á la cabeza!

GENE. El marqués! (*enojado.*)

ALI. Mi coronel!.. Viva.

GENE. Adios, Kerouan.

KER. Como... como... Simon, amigo mio...

GENE. Me voy!

KER. Te vas?

GENE. Cedo el puesto á Mr. de Monteclain, y me llevo á mi hija.

KER. Oh!

GENE. Ya sabes que estoy muy cansado, que te

decia que pensaba retirarme...

KER. Pero Jeny... Eso no es regular... Simon, tu hija debia acompañar á la mia, y nos haces un público desprecio... á nosotros...

GENE. Yo despreciarte!.. Kerouan! á ti, mi mas antiguo amigo!.. No, no... Si has de creer semejante cosa... que se quede Jeny con su hermano y Domingo... Yo, lo repito, me voy... Creo que dejando á Jeny, hago por ti lo que no haria por nadie.

KER. Pues bien. Sea en horabuena. Pero... yo no quiero que estés solo en tu quinta. Y en cuanto reciba al marqués... corro á buscarte y nos iremos juntos allá!

GENE. Me alegro. Asi charlaremos... Domingo, sígueme: pronto volverás al lado de Jeny.

JENY. Pero padre mio, se va usted?

GENE. Hija... la gota, y... Adios, Luisa. Quiero que Jeny, se quede contigo... es mi gusto. Jorge, (*ap. á Jorge.*) acuérdese usted de que el otro dia se atrevió Mr. de Monteclain á combidar á su hermana de usted á un baile, á pesar de nuestra conocida enemistad. A usted le confio el honor de Jeny... me voy tranquilo...

JOR. Puede usted estarlo.

GENE. Adios.

POR. (La deja sola!) (*con malicia.*)

KER. Espérame.

GENE. No tardes... (*vase con Domingo por la izquierda.*)

KER. (*abrazando á Luisa.*) Dame un abrazo, tesoro mio! Hoy todo el mundo se agolpa á tu lado para festejarte... Que linda estás... que linda! si tu pobre madre te viese!.. Ah! pero esta no es ocasion de entristecernos!.. tambien tú? (*viéndola enjugar sus lágrimas.*)

JOR. (Qué tormento!)

KER. Has dado ahora en llorar á cada instante...

JENY. Luisa... (*Suena la música muy cerca.*)

POR. Ya están aqui. (Y ella!)

KER. (*besándola en la frente.*) Ea, ya pasó, angel de mi vida.

JOR. (Ana!!) (*mirando al foro.*)

ESCENA IV.

KEROUAN, LUISA, JENY, ALI, MAGDALENA, JORGE, MONTECLAIN, ANA, BRIAS, MME. DE BRIAS, *Jóvenes amigos de Monteclain, Señoras, Aldeanos y Aldeanas bretones, Músicos campestres, despues Domingo.*

(Los músicos vienen delante tocando canciones del pais y abren calle en la puerta de la empalizada á la comitiva. Monteclain viene dando el brazo á Mme. de Brias; Brias á Ana, un Joven á Madamoiselle de Brias; los otros á las demas señoras. Monteclain trae un ramo de flores y lo mismo los Aldeanos que vienen los últimos.)

KER. Señor Marqués... (*adelantándose: cesa la música.*)

MON. A Dios, mi buen amigo... señorita... (*saluda á Jeny; en seguida se dirige á los demas y señala á Luisa.*) He aqui la hermosa Reina de nuestra campestre fiesta, Señores. (*Luisa se inclina. Se suellan unos y otros.*)

MME. BRI. (*á todos.*) Es muy linda. Buenos dias, Jeny.

JENY. Señora... Matilde, me alegro de verte á nuestro lado. (*á esta.*)

MON. Querida Luisa... admita usted mi sencillo homenage de afecto, y el que ademas le ofrecen sus buenos amigos. (*presenta su ramillete á Luisa y lo mismo los aldeanos.*)

ANA. (Es original toda esta ceremonia.) (*á Brias con risa burlona.*)

BRIAS. (En algo hemos de pasar el tiempo.) (*á Ana.*)

(Magdalena va poniendo á un lado los ramilletes. Pornic se ha acercado á Ana mirándola con señales de secreta inteligencia; Jeny habla con Matilde Brias y su madre.)

KER. Tanto honor, señor Marqués, me ahoga de alegria.

MON. Luisa lo merece.

LUISA. Ah! es usted el mas noble, el mas... (*á Monteclain.*)

MON. (Prudencia!) (*á ella.*)

ANA. (Ya sabes lo que has de hacer.) (*á Pornic que se confunde con los Aldeanos.*)

BRIAS. Y no nos honrará el General esta mañana? (*á Jeny pasando á su lado.*)

JOR. (A que ha venido usted?)

(Jorge se ha acercado á Ana, y le dice velozmente el aparte último, lo mismo ella.)

ANA. (Por su respuesta; ya le he dicho que quiero su nombre.)

JOR. (Jamás, señora.)

ANA. (Bien. Pronto usted y mis demas enemigos, no podrán impedir que lo lleve... cuando el apellido Dª Esteve... no pueda ostentar ese orgullo que le distingue...)

JOR. (Cómo?)

ANA. (Qué decide usted?)

JOR. (El desprecio, el odio para siempre!)

ANA. (Lo veremos.)

JOR. (Infeliz de usted, si hubiese tramado alguna de sus infernales intrigas!)

MON. Ocupe la reina el puesto que sus gracias le han conquistado. Señores, tomemos asientos. Van á bailar mis fieles compatriotas, y aunque no resonarán en estos sitios los agitados Walses de la corte, las amenas danzas del pais tienen toda la poesia necesaria para que olvidemos por algunos instantes nuestros espléndidos saraos.

(Todos se sientan. Kerouan que ha estado antes hablando con el Marqués como pidiéndole permiso para retirarse, se vá. Los convidados ocupan las hileras de sillas de la derecha: algunos quedan de pie. Los aldeanos, Magdalena y Pornic, se colocan á la izquierda, y tambien algunos jóvenes elegantes. Jorge está entre ellos, recostado de pie sobre el muro de la casa y con los brazos cruzados, permanece con la vista fija y tristemente á Luisa, que sentada en la primera silla de la hilera por el lado del público, no aparta tampoco su vista de él. Al lado de Luisa está sentada Jeny, despues Matilde y su madre. Monteclain está tambien en pie detrás de Luisa y Jeny con una mano apoyada en uno de los espaldares, é inclinándose de vez en cuando, mientras dura el baile, á hablar con Jeny y Luisa. Ana está sentada al lado derecho con Mme. de Brias y su hijo: detrás de ella, y en pie, varios jóvenes que la obsequian. Los músicos se colocan en el fondo Tocan un baile, se adelantan seis aldeanos, y danzan al compás. Seria oportuno un coro que acompañase al baile campestre. Ana observa á Monteclain hablar con Jeny, y se supone que hace algunas observaciones sobre ellos, á los Jóvenes que la cercan y que acojen con risa las palabras de Ana. El baile cesa y los aldeanos aplauden.)

ANA. (*á este y demas que la cercan.*) Se acuerda usted, Brias, de lo que le dije antes de llegar aqui? Mire usted á aquel angel, palpitando bajo la mirada satánica de Monteclain.

Brias. Y Jorge como si nada viese!

Ana. Yo creo que Monteclain no necesita de las distraciones de Mr. Jorge.

Los Jovenes. Cómo? (*bajo.*)

Mon. (*á todos.*) señores, propongo un paseo por la alameda del parque. (*por los aldeanos.*) Allí disponen tambien estos buenos amigos, algunos juegos. (*algunos se levantan.*)

Mat. Dame tu brazo, Jeny.

Brias. En buen hora. (*toma del brazo á Ana y á su Madre.*

Ana. Vamos? (*todos empiezan á irse.*)

Ali. Tú conmigo, primita. (*dando el brazo á Magdalena.*

Mag. Con mucho gusto (*Jorge, Luisa y el Marqués se quedan un poco atrás.*)

Luisa. (*bajo deteniendole.*) Jorge!.. Por piedad una palabra!

Mon. Luisa... (*adelantándose viendo el movimiento de esta.*)

Jor. (Oh! que no sepa que usted conoce al hombre...) (*al Marqués.*)

Luisa. Cielos! (*comprendiéndolo.*)

Mon. Luisa! Luisa! He jurado ser su segundo padre! Duda usted de mi?

Luisa. Ah!... (*cubriéndose el rostro.*)

Mon. Jorge es mi amigo... Le aprecio tanto como á usted... Silencio por Dios. (*vase.*)

ESCENA V.

JORJE y LUISA.

Luisa. Jorje! Jorje! (*con acento irritado pero comprimido.*) Ya me faltan las fuerzas! Mi resignacion ha llegado á su colmo!... Es preciso poner un término á esta horrible posicion!

Jorje. Luisa, valor!...

Luisa. Valor!... Todavia! siempre esa misma palabra!... Usted no sabe lo que estoy sufriendo!

Jorje. Mas bajo... mas bajo!... Pueden oirnos.

Luisa. Si desde hace dos meses hubiera usted procurado verme, no me veria obligada á hablarle á usted asi... En medio de esa fiesta... Pero usted... usted... me ha dejado durante todo este tiempo, triste, sola, desesperada...

Jorje. Oh! Si tu supieses, Luisa, los peligros que nos rodean...

Luisa. Lo que yo sé es que no puedo soportar mis tormentos... lo que yo sé, es, que sin el cariño de su hermana de usted, hubiera puesto fin á mi vida!... Lo que yo sé...

Jorje. Por compasion... sosiégate: una mirada, una palabra sola puede perdernos!

Luisa. Si, tiene usted razon... Ya estoy tranquila... Ya hablo bajo.. Ya me contengo... Pero... Usted comprenderá... que no me es posible vivir de este modo, que... Ay!... me falta el aliento... me ahogo..! Me es preciso callar!...

Jorje. Si, acuérdate de lo que me tienes prometido.

Luisa. Lo que yo he prometido á usted?...

Jorje. Si, esperar con resignacion...

Luisa. Esperar!... Siempre esperar!... Escucha, Jorje. Si tú me desprecias porque te amé al verte abandonado y casi aborrecido de tu padre; si quieres abandonarme porque he llorado contigo cuando herian tu corazon crueles tormentos; si no soy á tus ojos mas que un objeto de desprecio... dímelo. Yo tendré valor para morir... pero créeme... no lo tengo contra ese silencio que te impones, y que me mata lentamente.

Jorje. Luisa, yo te amo, te amo, como se ama á Dios... mas pesa sobre mi una fatalidad espantosa, un secreto horrible.

Luisa. Sea cualquiera, habla, dímelo... Eres por ventura culpable de alguna grave falta..? tu padre te la ha perdonado, puesto que has vuelto á su casa... Yo, si; Jorje... que no disfruto un instante de sosiego. Vivir en un continuo fingimiento; sonreir á mi hermano, tan sencillamente amable y bueno... Abrazar á mi padre, á ese viejo y leal soldado de la religion y del honor... ver su inquietud, cuando yo sufro; escuchar sus plegarias al cielo, cuando lloro... ah!... Este es un suplicio inesplicable! Yo no puedo, Dios mio... Le estoy usurpando sus caricias, robándole un afecto de que no soy digna... robándole... hasta el pan de su mesa, en la cual ocupo el puesto de mi madre... de mi madre, esposa fiel y casta, cuya memoria estoy ultrajando... Oh! Esto es demasiado. Es preciso concluir de una vez! Es preciso decir la verdad.

Jorje. Seria condenarnos á una muerte segura.

Luisa. Tienes miedo de morir! (*con sarcasmo.*)

Jorje. No, Luisa. Pero lo tengo de verte sufrir otros mas crueles tormentos.

Luisa. Entonces, cuál es tu culpa?.. Qué has hecho, desgraciado, cuando ni aun quieres que diga el nombre del hermano que me ha perdido á la hermana que me ha salvado? No consideras que algunas veces ella se preguntará á sí misma, que hasta dónde habrá llegado la infamia de mi crimen, cuando no me atrevo á revelar el nombre de mi cómplice?

Jorje. Mi hermana es un ángel cuya inagotable bondad no te faltará nunca.

Luisa. Pero esto no ha de tener un término? No llegará nunca el dia en que espiada esa culpa tuya, cualquiera que sea, me puedas dar tu nombre rehabilitado, ó perdido? Qué ni un átamo de esperanza en el porveuir? Jorje! No me hallo con fuerzas, con resignacion bastante para combatir tan largos tormentos... Guarda tu secreto... pero yo diré el mio!

Jorje. Por piedad!

Luisa. No, no. Estoy viendo qne para mi acabó todo... que tus labios no pronuncian la menor palabra que mitigue mis penas, que tu amor sin duda es un sueño... una mentira... que me has engañado... á dios.

Jorje. Escucha.

Luisa. A dios. (*yéndose con resolucion.*)

ESCENA VI.

Dichos y MONTECLAIN.

Monte. Deténgase usted, pobre Luisa.

Luisa. Señor Marqués... Me es imposible... Déjeme usted marchar.

Mon. Un instante, siquiera.

Luisa. Ni un dia, ni una hora... Quién sabe si mañana no volveré á caer en la apatia horrible que mi desesperacion engendra?... Quién sabe si mañana no me verá usted muerta de dolor... ó loca.. (*casi llorando.*)

Jorje. Marqués... usted que conoce nuestro se

creto... no la abandone usted.

LUISA. Si... lo sabe todo! Ha tenido compasion de mi! Pero ignora que se me condena á vivir siempre deshonrada!

MONTE. Luisa; yo solo sé que Jorje ha debido guardar su secreto, y que usted debe tambien callar todavia.

LUISA. Ah! (*queda pensativa y llorosa.*)

JORJE. (Usted conoce el misterio fatal de mi vida!) (*bajo al Marqués.*)

MONT. (Si, y solo tengo que decir á ustedes una palabra,.. Esperad... (*id.*)

JORJE. (Esperad! Ah! usted no sabe entonces...) (*idem.*)

MONTE. (Mas qué usted propio quizá.) (*alto.*) Pero velen ustedes sobre si mismos... sobre su hijo.

LUISA. Mi hijo.!! Le amenaza por ventura algun peligro?

MONTE. No sé; pero acabo de oir tan estrañas palabras hace pocos instantes.. (*á Luisa.*) Corra usted á la cabaña de Marta y ocúltele en un lugar mas seguro... sin olvidar que para todo, mi casa es siempre para usted la de un hermano.)

JORJE. Gracias, caballero. (*estrechándole la mano.*)

LUISA. Si, si... voy á ver á mi hijo! Ah! Quién se atreverá á arrancarlo de mis brazos? Su madre le salvará de cualquier peligro que le amenace... (*vase corriendo.*)

MONTE. Sígala usted, Jorje: no la abandone usted... la alegria de ver á su hijo, puede hacerla cometer alguna imprudencia.

JORJE. Pero qué riesgos son esos?

MONTE. La Condesa de Beauval...

JORJE. Infame... (*dentro aplausos y bravos.*)

MONTE. Oye usted? Han concluido los juegos. Tal vez se dirijan aqui. No se detenga usted en velar por Luisa.

JORJE. Y nos veremos luego?

MONTE. En mi castillo... A dios. (*vase Jorje.*)

ESCENA VII.

MONTECLAIN, *despues* ALI.

MONT. Desventurados! Se librarán de las viles asechanzas de la condesa? Acabo de verla con Brias; he oido que hablaban de un niño oculto en una cabaña... Si la condesa ha descubierto el secreto de Luisa... La condesa que lleva por doquiera la verguenza y la desdicha... Us preciso castigarla de una vez! El duque D' Hericy, mi tio, no me ha contestado. Cuando él la arrojó de su casa, se vió sin duda impulsado por ese crimen misterioso que á ella se le atribuye. Si. Iré yo mismo. Lo mejor seria desde luego enviar alguno á Nantes, y...

ALI. Mi coronel!.. Mi coronel!.. (*rápidamente.*)

MONT. Qué ocurre?

ALI. Mi coronel... usted no sabe lo que pasa? Una cosa lamentable! Se habla de una joven seducida.

MONT. (Oh! Habia olvidado que él estaba aqui.) (*con terror.*)

ALI. De una noble señorita...

MONT. (Respiro. No lo sabe aun y puedo alejarle.)

ALI. Y de un niño oculto no sé en que parage...

MONT. (*vivamente.*) Calumnia inventada por algun miserable á quien será preciso castigar.

ALI. Pero... se citan circunstancias positivas, terribles, y... sabe usted á quién acusan? (*mirándole y con empacho.*)

MONT. (*sin comprender que Ali habla por él.*) Mentiras! Infames suposiciones que piden una respuesta pronta y severa. Escucha, Ali... Vas á partir al momento. Irás á Nantes á casa de Mr. D' Avantiennes... Ya le conoces.

ALI. Si Señor.

MONT. Le dirás de mi parte, que es indispensable que venga en seguida á Monteclain, ó mas bien, tú mismo le traerás contigo.

ALI. Pero si me pregunta...

MONT. Puedes contestarle que se trata del asunto sobre el cual le tengo escrito .. añadiéndole que vá en ello la salvacion de... mia, quiero decir.

ALI De usted? Y todo se arreglará?

MONT. Lo espero. Al menos... Nada habré omitido para lograrlo.

ALI (Dios lo haga, porque de lo contrario, el general la mataria sin remedio.) (*saliendo.*)

MONT. Escucha. Di que preparen mi caballo.

ALI. Bien, mi coronel. (*desde el bastidor.*)

ESCENA VIII.

MONTECLAIN *y despues* JENY.

MONT. Ah! Casi me sonrojo á el entablar una lucha con una muger, y harto he vacilado hasta ahora en emprenderla. Pero porque sea débil al parecer, y porque se arrastre por el suelo, es menos temible la serpiente? (*va á salir y aparece Jeny con un bouquet que deshoja durante esta escena.*)

JENY. Jorje! Jorje! (*buscándole agitada.*)

MONT. Señorita. (*saludándola respetuosamente.*)

JENY (*sorprendida y turbada.*) Marqués, usted perdone, ha visto usted á Jorje?

MONT. No. Ya sabe usted que sus sombrias meditaciones le alejan siempre...

JENY. Debia acordarse sin embargo, de que papá no está aqui... Me hallaba yo con Mme. de Brias y esas otras señoras, y de pronto vino Mr. de Brias por ellas, que se alejaron dejándome alli... No sé... casi me pareció que todos huyeron de mi lado! Entonces busqué á Luisa... tampoco la encontraba, y...

MONT. Es que... Luisa... no ha podido resistir á los impulsos de su corazon y ha ido á abrazar á su hijo.

JENY. Pero esa imprudencia puede perderla.

MONT. No hay cuidado: usted sabe que estoy dispuesto á protejer á Luisa y á salvarla.

JENY. Oh! Si usted lo hiciese, no seria ella sola la que le tributase su agradecimiento.

MONTE. Luego, usted, señorita, me autoriza para llevar á cabo la obra generosa que usted empezó tan noblemente?

JENY. Ya sabe usted que amo á Luisa como á una hermana.

MONT. Y yo tambien. Tambien yo aprecio á la hija de mi noble y fiel Kerouan, de ese honrado y virtuoso anciano. Pero... hay ciertos grandes instintos que solo pertenecen á las almas celestiales... y si yo hubiese aprendido en usted que la bondad tiene sus inspiraciones como el genio, habria tal vez querido salvar á Luisa, pero no lo hubiera sabido llevar á cabo.

JENY. Por mi parte, Marqués, no he hecho sino lo que Dios prescribe á todos sus hijos... Asi pues, en vez de condenar á la desgracia, le he tendido una mano para sacarla del abismo de sus tormentos. Tal era mi deber; y esto á la verdad no merece esos elogios que usted quiere tributarme.

MONT. Yo no sé, Jeny, si en la sociedad en que usted ha sido educada, se estiman semejantes acciones, como un deber tan solo que es preciso cumplir. Pero en la que yo he vivido hasta ahora, son tan raros esos nobles ejemplos, que no puedo menos de venerarlos, como emanaciones de la virtud mas pura.

JENY. Veo que usted olvida, elogiando una cosa tan natural, que está asociado á ella, y que le pertenece quizá la mejor parte.

MON. No, señorita, no. Porque usted sola me ha enseñado cuanta felicidad nos dá el bien que hacemos á los otros. Ah! usted no conoce esa sociedad mentirosa ó vana, entre la que he vivido tanto tiempo!.. Imagínese usted un hombre encerrado desde su nacimiento en un basto salon iluminado de mil y mil luces esplendentes. Todo lo vé á la luz de esa claridad ficticia, no conoce otra, y cree que aquello es la misma realidad y aquello la brillantez de un verdadero dia... Pero... llega el momento en que se abren las puertas del salon; en que caen los muros que le cercan, y en que un rayo purísimo de sol, derrama de improviso su resplandeciente luz entre la palidez de las bujias. Oh! todo entonces aparece cambiado á los ojos de aquel hombre; todo se ilumina de nuevas y encantadoras tintas, de mas ricos y alegres matices. El falso brillo que él antes admiraba se confunde en las tinieblas y la apacible verdad recobra su esplendor. Esto es lo que han hecho los rayos de su alma bondadosa de usted en la mia! Ahora conozco lo que es bello, lo que es grande, lo que es generoso... y... usted me permitirá que le dé un millon de gracias.

JENY. Caballero... antes de alejarme de este sitio... quiero pedir á usted una gracia. Sé con quien hablo, y no temo el hacerlo. Usted conoce que yo solo puedo prestar consuelos á Luisa, en tanto que usted posee medios quizá para salvarla. Permítame usted pues, confiar solo en sus manos el cumplimiento de una buena accion, en la cual no podemos continuar unidos.

MON. Como!.. desdeña usted el...

JENY. No creo haber dado motivo para que usted abrigue semejante sospecha... Pero usted no ignora las opiniones de mi padre...

MON. De que usted no participará.

JENY. En mi posicion, caballero, no se juzga se obedece.

MON. Y en la mia, señorita, se comprende que esa obediencia es un castigo á que usted tal vez se condena.

JENY. No, marqués. Yo no quiero que usted lo entienda de ese modo... Aunque no acepte todo lo que sus palabras tienen de lisonjeras... me inclino desde luego á creer que usted me ha juzgado demasiado bien para que no le quede duda que yo sé tener una opinion y una voluntad propias. Esa voluntad, caballero, es ante todo el obedecer á mi padre, y aceptar, por su tranquilidad y su dicha, todos los sacrificios que él quiera imponerme... pero esa voluntad no es, sin embargo, el responder con inmerecidos desdenes á un hombre que solo conozco por sus beneficios, á una amiga á quien amo y sus respetos hácia mí. Ahora pues ..

(Saluda y deja caer la última flor de su bouquet Monteclain se apodera de ella con entusiasmo.)

MON. Jeny! Jeny! Le juro á usted de nuevo salvar á Luisa... y cuando lo haya conseguido, iré á pedir á su padre de usted la recompensa.

ESCENA IX.

Dichos, ANA, BRIAS, MME. BRIAS, MATILDE BRIAS *caballeros, aldeanos, despues* DOMINGO Y PORNIC

(Ana ha salido algunos momentos antes de concluirse la escena anterior, y ahora se dirige á los que la acompañan.)

ANA. No preguntaban ustedes á donde habia ido á parar la blanca paloma? Mírenla ahí.

MON. (La condesa!)

JENY. Toda esa gente... (*sobrecogida.*)

MME. BRIAS. (Triste cosa es!)... (*á Ana.*) Ven hija mia... (*á su hija.*)

JENY. Ah! Eres tú, Matilde? (*acercándosele inocentemente.*)

MME. BRIAS. Perdone usted, señorita... mi hija no se separa de mí. (*con sequedad.*)

JENY. Matilde! tú tambien. (*con una dulce reconvencion al ver que se retira.*)

MAT. Yo obedezco á mi madre! (*con cierto tono. Todos están apartados de Jeny y hablan en voz baja y mirándola.*)

JENY. Dios mio! qué quiere decir todo esto? (*se dirige al otro lado y los que están en él se van retirando poco á poco.*)

MON. (Brias, qué significa lo que acaba de hacer tu madre?)

BRIAS. (Significa que la señorita de Esteve, se halla muy bien contigo, y que no debemos incomodarla.)

MON. (*furioso, aunque bajo.*) (Brias! Esto pide sangre.) (No es verdad señora?) (*á Ana con orgullo y furor.*)

ANA. (Si usted lo ha querido...)

JENY. Eres tú, Mariana? (*Jeny ha ido de un lado á otro sobrecogida, dudosa y aterrada, y se encuentra ahora con esta.*) Acompáñame á casa de mi padre! Sácame lejos de esta gente.

MAR. Perdone usted, señorita,.. pero mas le valiera haberse abstenido de venir.

(Con tono de reconvencion y dirigiéndose á sus compañeros. El marqués indignado se adelanta á Jeny.)

JENY. Pero, que pretenden darme á entender todos?

ANA. Pretenden, que... (*con ironía.*)

MON. Silencio, señora! (*con energia.*)

(En este momento se oye un gran tumulto dentro; Domingo, pálido y furioso sale, trayendo á Pornic violentamente y asido por el cuello, con un palo levantado sobre él; varios aldeanos los siguen.)

ALD. Muera Domingo! (*movimiento general.*)

DOM Sella el labio, bribon! (*á Pornic.*)

POR. Repito que es verdad.

DOM. Chito, canalla.

MON. Ese miserable! Qué se ha atrevido á decir?

DOM. Una vil mentira! No es cierto, coronel?

(con energia.)

JENY. Qué es lo que sucede, Dios mio? *(sin saber lo que pasa ni lo que sucede al rededor suyo.)*

POR. Si, yo he visto...

DOM. Tunante!.. *(tirándole al suelo de un golpe y dirigiéndose á todos.)* Y otro tanto haré con quien se atreva á repetirlo. Lo oyen ustedes..? Señores... Con todos hablo.

BRIAS Y LOS OTROS. Amenazas?

JENY. Domingo!

BRIAS. Esto ya es demasiado... *(alzando su baston sobre Domingo.)*

MON. *(se ha arrojado entre Domingo y Brias, arrancando á este el baston, y lo arroja lejos.)* Señores... Dentro de una hora aguardo á todos ustedes; pero hasta entonces... declaro el mas vil de los cobardes á cualquiera que se atreva á levantar la voz delante de esta jóven. *(dàndole la mano à Jeny.)* Tome usted mi mano, señorita... es la de un soldado, es la de un hombre de honor, es la que convertirá en polvo á los impuros reptiles que hayan osado arrojar su veneno en el nombre que usted lleva. *(Jeny le dà la mano.)*

JENY. *(asustada.)* Pero... yo no entiendo...

(Caminan lentamente. Monteclain la lleva de la mano con la cabeza erguida, y dominando con su mirada á todos ante los cuales và pasando Jeny. Profundo silencio entre tanto. Llegan donde está Brias. Monteclain se dirige á él con tono imperioso, Brias sonrie desdeñosamente. Monteclain le quita el sombrero, y lo tira.)

MON. *(à Brias.)* Salude usted, caballero... *(Brias se sonrie.)* Salude usted! *(con energia y tirándole el sombrero.)*

BRIAS. *(furioso)* Marqués.

MON. Dentro de una hora... *(á Ana.)* Usted tambien... Saluda, infame!

(A Ana pasando á su lado, en tanto que le sigue admirada y sobrecogida Jeny. Esto lo dice en voz baja: Ana permanece inmóvil, pero aterrada á la voz de Monteclain, se inclina al pasar Jeny.)

DOM. Y tú, de rodillas! *(A Pornic arrojándolo à los pies de Jeny.)*

(Pornic cae delante de Jeny: momento de duda y silencio general. Monteclain se va con Jeny. Brias al ver que se han ido, de pronto se dirije á todos sus amigos.)

BRIAS. Dentro de una hora á casa de Monteclain.

DOM. *(á Brias y demas jóvenes enarbolando el baston.)* Y conmigo desde luego si os corre mucha prisa.

POR. A él..!! *(levantándose y dirijiéndose à los aldeanos.)*

DOM. Quietos.

(Domingo logra contenerlos un momento. En tanto Ana aparta muy velozmente á Pornic y le dice en voz baja.)

ANA. (Deja á ese hombre y ven conmigo, Pornic, aun puedes ganarte veinte luises. *(vanse los dos.)*

ALD. Muera Domingo!

(Se abalanzan á él, que se defiende valerosamente con su baston. El combate empieza y los concurrentes se apartan y dispersan.

Cae el telon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

(El teatro representa un terrado de un jardin. La casa del general á la izquierda. Un pabellon á la derecha con una puerta al terrado y una ventana que dá al público. Una mesa de jardin, colocada á la izquierda cerca de la puerta de la casa. Al fondo una baluastrada que figura dominar la campiña. El general y Kerouan salen de la casa al levantarse el telon.)

ESCENA PRIMERA.

EL GENERAL, KEROUAN; *despues* PORNIC, *en el pabellon.*

GENE. No me hables de él.

KER. Bien. No pretendo saber tus secretos, puesto que no te conviene el confiármelos. Pero... créeme... á los hijos que han cometido culpas, por graves que sean, no se les trae al buen camino echándoselas en cara á cada momento. Con eso no se consigue mas que endurecer su corazon; y el joven que no se ha perdido mas que á medias, acaba por decirme á si mismo... »Una vez que con nada consigo que me perdonen mis faltas, tanto me dá el continuar en ellas.»

GENE. Yo te respondo que Jorge no se hará semejantes observaciones. Tengo poderosas razones para creerlo.

KER. Pues entonces, por qué eres tan severo para con él?

GENE. Tan severo!... Ya! Tú no estás al corriente. Créeme, Kerouan... Si Jorge no hubiera hecho mas que tantos otros á su edad... deudas, calaveradas... piensas que yo me habria irritado?

KER. Diantre! Si es mas que eso...

GENE. Mira, lo mejor es dejar esta conversacion á un lado, porque me voy á poner de un humor de todos los diablos; y no es para verme rabiar para lo que has venido á pasar conmigo este rato.... ola! Luis.... sentémonos. Luis! *(se sienta cada uno en un lado de la mesa y sale Luis de la casa con dos pistolas de arzon.)*

LUIS. Mi General?

GENE. Ah! lo que te mandé hace poco. *(viéndole.)*

KER. Calle! Tus antiguas pistolas de arzon.

GENE. *(tomándoselas al criado.)* Bien, pero te has olvidado de mi otra órden.

LUIS. *(haciéndose el desentendido.)* De la otra or... No sé, no recuerdo!..

GENE. Y el Café, imbécil? El Café!...

LUIS. El... Café, mi general? No habia entendido..

GENE. *(alzando la voz.)* El Café! El Café... Lo entiendes ahora?... Vamos, despáchate.

LUIS. Es que... es que no hay.

GENE. Cómo! Que no hay café en mi casa? Bribon!

LUIS. (La señorita me ha prohibido que se lo sirba. Le hace mucho daño.) *(ap. á Kerouan.)*

GENE. Eh? Qué es lo que te está diciendo?

KER. Sábelo pues. Que no hay café para ti.

GENE. Cómo se entiende? Insolente. *(á Luis.)* Desvergonzado! Que significa... *(queriendo levantarse.*

KER. *(obligàndole à sentarse.)* Significa que una taza de Café te cuesta un fuerte ataque de gota.

LUIS. El Doctor lo repitió ayer mismo.

GENE. El Doctor y todos los Doctores del mundo quieren echar la responsabilidad de su ignorancia á los alimentos del enfermo. A fé que él se toma buenas tazas!

Ker. Si, pero él no tiene diez heridas como tú, ni padece los rehumatismos que te obligan á estarte meses enteros embutido en la butaca.

Gene. (*con impaciencia.*) Eh! vamos... Vas ahora á hacer las veces de Jeny? A regañarme como ella? A echarme sus sermones? Qué demonio! Tiene uno un pobre dia de libertad, y vas tambien á impedirlo!

Ker. Como tú quieras, hombre; pero vas á ponerte malo!

Gene. Me pondré!

Ker. Te volverán los dolores!

Gene. Que me vuelvan!

Ker. Jurarás... Daras gritos...

Gene. Juraré...! y los daré. (*muy incómodo.*)

Ker. Y eres tú quien exige de los jóvenes que sean razonables!... Trae ese café! (*á Luis.*)

Luis. Pero... usted en cambio, señor Kerouan, dirá á la señorita que yo no he podido impedir..

Gene. Miserable! (*alzando el baston; el criado se va corriendo.*) Me gusta, voto á brios! No soy yo amo de mi casa? Necesito para hacerme obedecer, emplear la violencia?

Ker. Y cuentas entre tus medios quizá... esas armas de fuego?

Gene. Ah! no por cierto! He mandado que me traigan estas pistolas, porque quiero hacer un regalo á cierta persona ..

Ker. Como! regalar esas armas que son una memoria del Rey Murat?

Gene. Todavia no era rey cuando me las dió.

Ker. Y á quién destinas ese obsequio?

Gene. A un escelente muchacho que sabrá hacer buen uso de ellas. Murat las llevó durante cinco años, y llegó á ser rey; yo las he paseado un poco en el arzon de mi silla, y ascendi á General. Son armas de fortuna, y quiero que tu hijo las lleve á campaña... Veremos si le son tan utiles como á sus antiguos dueños!

Ker. Oh! mi buen Simon! (*estrechando sus manos entre las suyas.*)

Gene. Luego se las entregarás de parte mia.

Ker. No por cierto. El vendrá por ellas!... para darte gracias y... porque siempre le será mas lisongero él que tu mismo!.. (*Pornic aparece en el pabellon sin ser visto.*)

Pornic. (He entrado por la huerta... El diablo es sin duda la tal Condesa! Mandarme que traiga á la misma quinta... Pero á mi, que me importa? En ganando los 20 luises... Veamos si puedo penetrar en la casa...)

Gene. Estas armas no podrán ser de las que hoy se usan... pero cuando se saben manejar como en nuestros tiempos, no hay tiro mas certero. Ea! Te hago una apuesta.

Pornic. (El General!... Qué haré?)

Ker. Di.

Gene. A que meto la bala por el ojo de la cerradura de aquella puerta? (*dice esto último levantándose y apuntando al pabellon.*)

Por. (Eh?) (*retrocede asustado.*)

Ker. Aguarda.

Gene. Qué?

Ker. Me ha parecido oir ruido en ese pabellon.

Gene. En el cuarto de estudio de mi hija? Imposible! Pero en fin... haré otra punteria mas dificil... (*buscándola.*)

Pornic. (No puedo penetrar en la casa! Y qué importa? Lo mismo dá! Aqui lo dejo y concluyo mi comision antes que me descubran. (*pone la cesta abierta sobre la mesa y se và.*)

Ker. (Qué diablo... yo no me engaño... y...) (*mirando al pabellon.*)

Luis. Aqui está el café. (*trae una bandeja con servicio de café.*)

Gene. El café! El café! (*animado.*) Vamos! Kerouan, siéntate. Esta es la nuestra! (*á Luis.*) Echa mas! Llena la taza... y el platillo tambien!... (*Luis sirve el café.*) Y el aguardiente? Torpe! Lo has olvidado?

Luis Por lo que toca el aguardiente... juro á V. S. que no lo hay; mi palabra...

Gene. (*incómodo.*) Empezamos de nuevo?

Kere. No te enfades, Simon. Vaya Luis, obedécele. Yo no diré nada á la señorita Jeny.

Luis. Si, como si no lo hubiese de ver ella misma! Precisamente acabo de descubrirla desde la ventana del comedor. Viene hácia aqui.

Gene. Diantre! Diantre!... Despachemos. (*bebe y se quema.*) Bruto! Me sirves el café ardiendo.

Ker. (*á Luis.*) Te has engañado sin duda. Como ha de haber dejado tan pronto la fiesta?

Luis. Cuando le digo á usted que si? (*ha ido al fondo y mirando al camino de la izquierda del público.*) Usted mismo puede cerciorarse. Vea usted! ahora sale de la alameda con el señor...

Gene. Con Jorje, que habrá querido volverse.

Luis. No por cierto! Con el Señor Marqués de Monteclain. (*el general y Kerouan dejan al oirlo las tazas.*)

Gene. El Marqués de Monteclain?

Ker. No es posible! (*vá al fondo, mira y baja lentamente*)

Luis. Traen un paso...

Gene. (El Marqués de Monteclain!) (*pensativo.*)

Luis. (*mirando*) Calle, se dirigen á la puerta de abajo. En dos minutos llegarán aqui! (*bajando á la escena y al general.*) V. S. me disculpará con la señorita.) Yo me escapo. (*vase.*)

Gene. El Marqués de Monteclain! Es verdad? (*á Kerouan.*)

Ker. Toma! Si... (Qué quiere decir esto?)

Gene. Sola con él?

Ker. No es probable.

Gene. Y Jorje? Has visto á Jorje?

Ker. No he mirado bien...

Gene. Ah! Lo que yo temia! Lo mismo que me impulsaba á no querer dejar sola á mi hija en esa fiesta! Tú lo has querido... tú! (*con violencia.*)

Ker. Simon! (*con energia.*)

Gene. Y ese miserable Marqués...

Ker. Qué? qué?

Gene. Te digo que Monteclain es un cobarde; que tiene á gala el comprometer á las jóvenes honradas! Es mi enemigo... Habrá querido quizá vengarse de mi...

Kene. Qué dices?

Gene. Lo ignoro... mas...

Kero. (No sé que pensar! Casi no me atrevo á responderle!)

Gene. Y Jorje? Jorje! En dónde está ese desdichado?

Ker. Pero... Sosiégate... Tal vez le haya sucedido á tu hijo algun accidente imprevisto... Y quizá venga Jeny á noticiarte...

Gene. Con Mr. de Monteclain?.. No... Acaso habria alli faltado quien la acompañára? Tu

hijo, Luisa, Domingo. Todos... menos ese hombre! Ah! Yo sabré por qué ha venido. Ven, Kerouan. Dame el brazo. (*se agarra del brazo de Kerouan y en el momento que van á salir, sale Jeny por el fondo del terrado.*)

ESCENA II.

Dichos y JENY.

JENY. (Cielos!) (*se queda parada.*)

GENE. (Sola!) (*volviendo maquinalmente á sentarse.*)

KER. (Aqui hay algun misterio. Dime, hija mia... (*á Jeny pausadamente.*)

GENE. (Cállate...) (*á Kerouan vivamente.*) Ola! Eres tú, Jeny? (*esforzándose por parecer sereno.*)

JENY. Si, padre mio... Si... (*adelantándose.*)

GENE. Has... venido muy temprano!

JENY. En efecto... Es verdad... Estaba con cuidado, y... he vuelto...

GENE. Si; has vuelto... y hé aqui que me sorprendes desobedeciendo tus órdenes!... Ya ves.., estoy tomando café...

JENY. Si es ese su gusto de usted...

GENE. Ah!... No... me regañas hoy!

KER. (Simon... Simon... Calma!) (*al General.*)

GENE. (Que te calles!) (*á Kerouan.*) Te... has divertido mucho en la fiesta? (*á Jeny.*)

JENY. Oh! No Señor.

GENE. No? Y por eso sin duda te has vuelto tan pronto!...

JENY. No, padre mio, no.

GENE. Y con quién? (*con enojo dando en el suelo con su baston.*)

KER. Vamos, Simon... (*viendo á Jeny que retrocede temblando.*) Esa es mucha crueldad. Mírala ya temblando, pálida. Alguna desgracia ha sucedido. Estoy seguro de ello. Vaya, hija mia, esplícame... que es lo que ha pasado?

JENY. No sé...

GENE, Cómo? No sabes?

KERO. Simon. *conteniéndole.*) Responde, Jeny.. dónde está tu hermano?

JENY. No lo sé.

KER. Pero... Ali, Domingo, Luisa...

JENY. No lo sé! (*llorando.*)

GENE. Oh! Eso es una burla

KER. (*al General.*) Me dejarás? (*á Jeny.*) Veamos... No tengas miedo, hija mia... dímelo á mi todo. Porque has vuelto tan pronto de la fiesta? Por qué te ha acompañado Mr. de Monteclain?

JENY. Por qué...? Voy á decirlo. Estaba yo mirando los juegos con Matilde de Brias, y de repente oigo hablar por lo bajo cerca de mi... En seguida, llegó Mr. Brias, dijo algunas palabras al oido de su madre, y esta se retiró con Matilde, dejándome sola. Busco á Luisa y no la encuentro..! Busco á Jorje y no estaba allí. Pregunto por su hijo de usted, y no parecia tampoco. No habia ninguno que...

GENE. Ya conocerás que eso era un infame complót. (*á Kerouan.*)

KERO. Es estraño, en efecto...

JENY. Entonces me mezclé entre la multitud por si encontraba á alguien con quien estar allí; pero cuando me acercaba á mis amigas, ó se volvian á otro lado, ó fingian no verme. Despues he notado que una señora, á quien no conozco, me seguia constantemente... riendo con los que la acompañaban... hablando con tono burlon... y señalándome con el dedo... Por todas partes via murmurar sordamente... Yo sin comprender nada, iba, venia.. no sé... creo que me hubiera vuelto loca... á no encontrar á Mr. de Monteclain.

GENE. Quien, á no dudarlo, habia tramado aquella vil conjuracion.

JENY. Oh! no, padre mio: porque él solo impuso silencio á todos esos miserables... El solo, en fin, me ha protegido... Con Domingo que se arrojó furioso sobre los que me insultaban.

KER. Pobre niña!

GENE. A ti... Pero qué decian?

JENY. Yo, nada oi... y Mr. de Monteclain no ha querido decírmelo...

GENE. Ah! No ha querido decírtelo... y sin embargo, no se presenta á decírmelo á mi..!

ESCENA III.

Dichos y DOMINGO *con sus vestidos en desórden y algunas manchas de sangre en su camisa y en la frente.*

(Esta escena sumamente rápida.)

DOM. Y ha hecho bien, mi general. (*saliendo.*)

KER. Domingo! Herido! (*Jeny se aparta á un lado sin ser vista de Domingo.*)

GENE. Herido!

DOM. Si...: Yo traigo las señales de sus golpes... pero algunos hay que no olvidarán los mios en mucho tiempo. Solo ese malvado Pornic, á quien no he podido enviar al otro mundo... oh! Yo le encontraré aunque se oculte...

KER. Pero qué ha pasado?

GENE. Habla... habla... (*á Domingo con ansiedad.*)

DOM. Pues bien. Lo que ha pasado... Lo que ha pasado... es... (*ve á Jeny y se contiene.*)

GENE. Que han insultado á mi hija!

DOM. Ella lo ha dicho?

KER. Si.

GENE. Pero sin esplicarnos la razon de ese insulto.

DOM. La ignora, no es verdad? Ah! Ya ven ustedes... Era una mentira! una infamia!

JENY. Pero... qué mentira?

GENE. Qué infamia es esa?

KER, Cuenta lo que han dicho...

DOM. Lo que... han dicho?

GENE. Si, lo que Mr. de Monteclain no ha querido repetir á mi hija... lo que no ha osado venir á contarme á mi...

DOM. Para que usted le levantase la tapa de los sesos sin informarse de nada? Ha hecho muy bien.

KER. Como! Luego es cosa tan terrible que...

GENE. Tú quieres asesinarme, Domingo! (*con impaciencia.*)

DOM. Bueno: hablaré! Pero aléjese usted, señorita Jeny, aléjese usted; hay cosas que no deben manchar los castos oidos de una joven honrada.

JENY. Como! Qué significa eso?

GENE. Hablarás? (*á Domingo.*)

DOM. (No diré una palabra estando ella delante.. No me atreveria á... si usted supiera...) (*ap. á Kerouan.*)

KER. Domingo tiene razon, hija mia. Entra, entra en la casa, y .. (*á ella.*)

JENY. Pero yo soy inocente... á lo menos inocente de todo crimen.

Ker. Lo dudo yo por ventura?
Gene. Retírate, Jeny, retírate.
Ker. (*conduciéndola de la mano hasta la puerta de la casa.*) Ven... ven y cuenta con tu viejo amigo... porque ya sabes que lo soy tuyo, Jeny, tanto como tú eres amiga de mi hija.
Jeny. Ah! Kerouan! (*entra por un instante en la casa.*)
Gene. Y bien. Hablarás ahora? (*á Domingo.*)
Ker. Sepamos lo que ha sucedido.
Dom. Sea. Paseábame yo tranquilamente por entre la multitud que concurria á la fiesta, cuando... oí que hablaban de seduccion...
Ker. De seduccion?
Gene. Calla! (*á Kerouan para que no interrumpa á Domingo.*)
Dom. Pues! de misterios; se nombraba al Marqués de Monteclain...
Gene. Lo vés?.. Al Marqués, y...
Dom. Y...
Gene. Y á mi hija, no es cierto? Infames!
Ker. Pero eso es una calumnia!
Dom. Si, si... una calumnia!
Ker. A que todos viven espuestos en el mundo, porque para ello basta una palabra, la menor suposicion...
Gene. Pero que es lo que decian!.. Porque á una jóven como Jeny, no se insulta sin...
Dom. Diablo! Habian forjado un cuento horrible.
Gene. Un cuento?
Dom. Del que yo no creo una palabra, y que será desmentido en seguida... pero... que ha causado mucho mal, sin embargo.
Gene. Pero que cuento es ese?
Jeny. Oh! Yo necesito averiguarlo todo! (*saliendo sin ser vista de la casa.*)
Dom. (*en voz baja y apoyando sus manos en el brazo izquierdo del General y en el derecho de Kerouan.*) Suponen.... No sé como decirlo. Suponen que han visto muy frecuentemente á la señorita Jeny... ir... allá... junto al lago... á la cabaña de Marta...
Jeny. (No oigo nada!)
Gene. Donde tenia citas quizá con el Marqués de Monteclain!
Jeny. (Desde la ventana de ese pabellon podria... Si.) (*se dirige de puntillas por detrás de ellos al pabellon.*)
Dom. Añaden en efecto, que él iba tambien! Pero no es eso todo.
Gene. Cómo!
Ker. Acaba pues.
Dom. En fin... decian que en esa cabaña, tenian oculto á... (*en este momento empuja Jeny la puerta del pabellon y entra.*)
Gene. A quién? A quién?
Dom. A un niño, fruto de su falta.
Gene. Cielos! (*horrorizado.*)
Ker. Mentira.
Jeny Ah! Dios mio! (*saliendo aterrada del pabellon.*)
Todos. Qué!
Jeny. Esa cesta! Ese niño que he hallado en mi pabellon!
Gene Ese niño! oh! Es el tuyo, (*furioso.*) desdichada.
Jeny. Padre mio! Padre mio! No, no! Es... (Ah! Luisa.) (*sin aliento.*)
Gene. No respondes? Ah! Miserable! tambien tú me has deshonrado!
Dom. Mi general! (*corriendo á interponerse al ver que el general ha cojido las pistolas.*)
Gene. Muere, infame!! (*con las pistolas en la mano.*)
Jeny. Ah! (*cayendo desmayada en una silla.*)
Ker. Simon, dispara primero sobre mi! (*cubriendo con su cuerpo á Jeny y presentando su pecho á las pistolas.*)

(El general se queda estático frente de Kerouan que permanece delante de él mostrando su pecho. Jeny desmayada, Domingo socorriéndola. Cuadro.)

Cae el telon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

(El teatro representa una sala de la quinta del general; puerta al fondo, dos á la derecha y una á la izquierda. Mesa, sillones, un sofá, una butaca.)

ESCENA PRIMERA.

El general en su butaca, de bata, Kerouan y Domingo.

Gene. (*con contenida amargura.*) Si, los dos teneis razon... He obrado ligeramente! Me he dejado llevar de mis iras, mas lejos de lo que debiera... y... el mal por otra parte no es tan grande como yo creia.
Ker. El mal es grande... pero no irrevocable, y si...
Gene. Al contrario... Hay cosa mas sencilla en el mundo? Mr. de Monteclain vió á mi hija y se prendó de ella... Habia podido pedirme su mano segun se acostumbraba allá en mis tiempos, segun á lo que creo se acostumbra todavia entre ciertas gentes ridículas, que no marchan con los adelantos de su siglo..! Pero... Mr. de Monteclain es al mismo tiempo que un hombre de la verdadera nobleza de otros siglos, un legítimo representante de las nuevas doctrinas de la juventud actual... y ha elejido un medio mejor... ha seducido á mi hija...! la ha deshonrado... y... será preciso que yo se la dé por esposa, si él... se digna aceptarla... Si, si; todo esto es mucho mejor, Kerouan, y nosotros... ya lo ves, somos unos imbéciles que no hemos sabido colocarnos á la altura de la época!
Dom. (Esa sonrisa me amedrenta... vá á volverse loco!) (*á Kerouan.*)
Ker. (Ocultémosle que Jeny...) (*á Domingo.*)
Dom. (Silencio!) (*á Kerouan.*)
Gene. Por lo tanto... Soy ya de vuestra opinion. Tú, Domingo, vas á ir en un instante á la cabaña de Marta... está un paso de aquí... verás á esa especie de nodriza.. la interrogarás y... yo estoy seguro que vas á traerme buenas noticias. Todos esos rumores no son mas que calumnias... Ese niño... como vosotros me habeis dicho, no ha existido nunca. Ve, Domingo, vé... ya creo mirarte entrar contento y satisfecho!... En cuanto á ti, Kerouan, te agradezco desde luego el paso que vas á dar con Mr. de Monteclain... Le recon-

vendrás fuertemente, no es cierto?.. Es un buen amo... que te escuchará humilde, que se arrepentirá... y todos seremos felices. Id entrambos con Dios, y... haced bien las cosas: aqui os aguardo.

DOM. (Aprovechémonos de ese permiso, Kerouan; tal vez la encuentre en tu alquería!..) (*á Kerouan.*)

KER. (Con tal que no haya ido á refugiarse en casa del marqués...) (*á Domingo.*)

DOM. (No lo permita Dios!.. (*á Kerouan.*)

KER. (Calla!) Escucha, Simon.

GENE. Que yo no os moleste... Permaneced juntos! Continuad hablando en voz baja... todo eso es por mi bien. No es asi?

KER. Si; por tu bien. Y tú en tanto no eres franco con nosotros.

GENE. Yo!.. (*esforzándose á disimular.*)

KER. Sí tú, porque... en fin... Estás queriendo hacernos creer que ha cedido tu cólera... y en el fondo de tu alma... estoy seguro escondes algun siniestro designio.

GENE. Que diablos es preciso hacer para contentaros? Hace algunas horas gritaba... amenazaba!.. Me dijisteis que era fuerza tranquilizarme!... y estoy tranquilo!.. Lloré en seguida... quise matarme yo mismo... me añadisteis que debia consolarme... y me he consolado. Qué mas quereis?

DOM. (Repito que su razon se estravia, que solo puede impedirlo la presencia de su hija. Es necesario que la vea... y... voy á buscarla.) (*á Kerouan.*)

KER. (Y yo á casa del marqués... mi caballo es como un águila y en pocos minutos...) (*á Domingo.*)

DOM. Diga usted lo que quiera, mi general, en todo esto hay algo de mas ó de menos que yo quiero averiguar, y que averiguaré sin falta. Parto pues á la cabaña de Marta.

GENE. Bien, bien.

KER. Y... si el marqués de Monteclain no respondiese como cumple á su decoro, acuérdate Simon, que antes que él fuera mi amo... eras tú ya mi amigo.

GENE. Si... los dos sois mis amigos... mis amigos verdaderos, apresuraros, id.

DOM. Muy pronto estaré de vuelta.

KER. Y yo tambien! Valor! Paciencia!.. y muy pronto sabremos toda la verdad. (*vanse los dos por el foro.*)

ESCENA II.

EL GENERAL *y despues* LUIS.

GENE. La verdad! Oh! entrambos me la ocultariais... entrambos sabriais poneros entre ella y yo, como os habeis interpuesto entre mi hija y mis enojos... Corred... Forjad una fábula cualquiera para hacérmela creer... yo entre tanto descubriré la verdad... y entonces... haré justicia! Luis! Luis! (*tirando del cordon de la campanilla.*)

LUIS. (*sale de la habitacion derecha.*) Mi general?

GENE. Está ahí?..

LUIS. Si señor. Acaba de traerle mal de su grado.

GENE Condúcelo á mi presencia.

LUIS. Al momento... (*vase.*)

GENE. Este me dirá la verdad... no me ama... y nada le importará...

ESCENA III.

EL GENERAL, PORNIC, LUIS.

LUIS. Adelante... (*á Pornic.*)

POR. Poco... á poco... cada uno tiene su modo de andar...

GENE. Acércate... (*á Pornic.*)

POR. Yo no he hecho mal á nadie... yo no...

GENE. Está bien... tú, retirate, (*á Luis.*) y si Kerouan y Domingo volviesen... diles que estoy solo... que quiero estar solo..: entiendes?

LUIS. Si señor... (*saluda y se vá.*)

ESCENA IV.

EL GENERAL Y PORNIC.

GENE. O mucho me engaño, ó el interés es tu pasion dominante... (*despues de una pausa en que examina á Pornic.*)

POR. Como veo que tratan á los pobres como perros... procuro dejar de serlo

GENE. Mira este baston, y este bolsillo. Si me dices la verdad, para ti son los diez luises que contiene... si mientes, vas á morir á palos aqui mismo.

POR. En ese caso me hallo dispuesto á contestar á todo.

GENE. Dime pues. Qué es lo que tú sabes acerca de ese niño oculto en la cabaña de Marta?

POR. Voy á decirselo todo á V. S. sin ocultar la menor cosa. (*pausa.*) Una tarde, y á puestas de sol... hará unos quince dias... iba yo á buscar el ganado... que estaba pastando en la pradera de los arroyos...

GENE. Continua.

POR. Y divisé de pronto á la señorita Jeny, que subia la montaña, dirijiéndose hácia la casa de Marta, Como yo sabia que la señorita no se arredraba al caminar por los mas fragosos senderos, con tal de hacer bien á los pobres, y Marta por su parte no tenia pan que llevar á la boca, hice mil esclamaciones por la generosidad de...

GENE. Yo no quiero oir tus reflexiones... sino la verdad de los hechos ó... (*alza el baston.*)

POR. Si esta es la verdad, señor

GENE. Pero... continua... (*con impaciencia.*)

POR. En aquel instante me ocurrió sencillamente, el seguir á la señorita...

GENE. Y la viste...

POR. La vi entrar en la cabaña y colocándome detras de la puerta, vi tambien que...

GENE. Qué?

POR. Que miraba cariñosamente á un niño que dormia en una cama. En seguida dió á Marta varias prendas de lienzo y muchas monedas... y... habiéndose despertado aquel niño, se puso á acariciarlo y á besarlo sonriendo con...

GENE. Tu viste todo eso!

POR. Como estoy viendo á V. S.

GENE. Y despues?

POR. Despues... nada mas. A pocos dias, y cuando fui á llevar á las corridas una carta á mi amo... no sé por qué recordé, creyendo estar solo, cuanto acabo de contar .. pero una señora me habia oido, y demostrando gran interés por saberlo todo, me llamó aparte, me puso en la mano un bolsillo.

GENE. Una señora! Y tú se lo contaste todo!

POR. Yo... no quise robarle su dinero... y... pues..! le dige lo que sabia... Válgame Dios! No puede V. S. figurarse la cara que puso al oirlo. «Es posible, esclamó. Si! El marqués es «capaz de todo!» y... esto... y lo otro... y... No hacia mas que hablar sola.

GENE. Pero... ese niño .. ese niño...

POR. Lo mismo precisamente me preguntó la dama, y como ella desconfiaba de que Marta le contase nada, pasé yo á la cabaña, y finjiendo la mayor sencillez, le pregunté ingénuamente, quién le habia confiado aquella criatura. Entonces me dijo Marta, como una tarde, una jóven, á quien no conocia, le llevó aquel niño, dándole dinero y encargándole que le ocultase á los ojos de todo el mundo; me añadió en seguida, que la jóven iba muy á menudo allí; que algunos dias despues habia ido un caballero; y que últimamente se presentaron los dos juntos.

GENE. Pero te dijo tambien que aquella jóven era mi hija?.. que aquel hombre era Mr. de Monteclain?

PORNIC. No señor: mas como yo he estado despues en acecho por orden de la otra señora, he visto ir á la cabaña unas veces á la señorita Jeny, y otras al señor Marqués. Y en esto no hay duda. Como que la dama de que ya he hablado á V. S. me daba un escudo diario porque los espiase.

GENE. Y esa dama quién es? habla.

PORNIC. Cuál?

GENE. La que te pagaba el espionaje.

PORNIC. Aaah! V. S. debe saber probablemente mas que yo de ese asunto... porque ella conoce á V. S.

GENE. A mi?

PORNIC. O al menos al señorito Jorje... lo menos me ha dado á esta fecha seis cartas para él... Yo venia todas las noches y las echaba sin que me viese... por la ventana de su cuarto...

GENE. Cartas para Jorje?

PORNIC. Y en prueba de ello, aqui tiene V. S. una que me mandó esta mañana entregarle... y que es la causa de que Luis me haya atrapado en los jardines...

GENER. Una carta... Tú traias? dámela.

PORNIC. Si V. S. se la entrega al señorito... (*alargándosela.*)

GENE. Dámela. (*se la dá!*)

PORNIC. Queda cumplido el encargo.

GENER. Oh! tal vez descubra en ella el hilo de esta horrible intriga. (*la abre.*)

PORNIC. Pero señor...

GENER. (*buscándola y leyendo.*) La firma... Ah! que veo!

PORNIC. Cómo?

GENER. Vete, vete!

PORNIC. Al momento... pero V. S. me mandó que le dijera la verdad... y le he obedecido... falta ahora...

GENER. El dinero! (*tirándole el bolsillo.*) Toma, miserable; y él te cause á la vez el mal que has hecho á todos.

PORNIC. Señor...

GENER. Vete, repito.

PORNIC. No es culpa mia. Me lo han mandado... (*yéndose.*)

ESCENA V.

EL GENERAL.

GENE. La condesa de Beauval, aqui... escribiendo á Jorge!... Conque objeto, Dios mio?... »Jor»ge, usted lo ha querido, usted me ha obligado »á hacer pública su intriga con Monteclain«.. Su intriga con Monteclain!.. Y ella lo ha escrito!.. Ah! no bastaba el crimen de mi hija! Era preciso que yo me viese humillado por esa infame! »Cree usted todavia que Jeny, á quien »el Marqués abandonará sin duda al oprobio, no »podrá ahora llamar hermana á la mujer cuyo »pasado, ha absuelto usted mismo, dándola su »nombre?» Cielos! que he leido! Esa mujer será mi hija!... Esa muger llamará á Jeny su hermana, y Mr. de Monteclain abandonará á la desgraciada en su verguenza y en su dolor!... No... no!.. Jamás!.. Yo la salvaré de ese último grado de infamia y de ignominia. Yo mostraré á todos cómo venga un padre su honra mancillada! (*levantándose.*) Oh! esta vez no me detendrán, y antes de que vuelvan, ella estará lejos de estos sitios. Jeny! Jeny! Jeny! (*entra en su cuarto llamando.*) Ah! No está en su cuarto! (*sale.*) Ha huido sin duda... Con su seductor quizás... Oh! Desventurada! Domingo!.. Kerouan!.. Domingo! todos se han marchado! (*exaltado.*) Y Jorge? Jorge! Jeny! Ni un hijo! Ni un amigo! Solo, solo con mi deshonra!... (*pausa.*) Ah! aun me queda un criado... que me sostenga... que me guie... y pronto me verán. Luis (*tira del cordon de la campanilla.*) Luis!

ESCENA VI.

EL GENERAL y LUIS.

LUIS. (*saliendo.*) Mi general?

GENE. Has visto salir á mi hija?

LUIS. No señor. V. S. sabe que desde que la condujeron á su cuarto no ha entrado en él mas que el señor Kerouan.

GENE. (Kerouan! Sabia que no estaba y... me ha engañado. Sin duda ha ido á avisar á Mr. de Monteclain.) Luis, los caballos están enganchados, no es cierto?

LUIS. Si señor.

GENE. Pues bien... Mi frac... mi sombrero! (*con energia.*)

LUIS. Mas... (*se vá y vuelve con ambas prendas.*)

GENE. Pronto!.. Si, yo... yo mismo iré tambien. Quiero verme cara á cara con ese Marqués villano. Veremos cual de los dos... veremos si es la mano del viejo ó la del joven la que ha de temblar en la hora del combate! (*tira el baston.*) Luis, mi frac.

LUIS. Señor.

GEN. (*con voz atronadora vistiéndose.*) Mi frac, mi sombrero. Mis pistolas!

LUIS. Las pistolas?

GEN. Mis pistolas al punto! (*Luis sale y vuelve con ellas.*) Y mi cruz de gran oficial, aqui; (*señalando á la del frac.*) sobre mi corazon! Esto le servirá de punteria á ese esforzado coronel!

(Con sonrisa amarga dice las últimas palabras. Toma las pistolas y se lanza á la puerta del fondo en cuyo momento sale Kerouan.)

ESCENA VII.

Dichos, KEROUAN, *á poco* DOMINGO, *despues* LUISA.

KER. A dónde vas?
GEN. Qué le importa á usted?
KER. Ese lenguage...
GEN. Es el que debe usarse con los malos amigos... que nos engañan...
KER. Que te engañan?
GENE. En donde está mi hija?
KER. No la he encontrado por ninguna parte.
DOM. (*saliendo.*) Ni yo... he ido á la alqueria... he ido...
GENE. Pues bien. Yo sabré encontrarla.
KER. Pero á dónde vas?
GENE. A casa de Monteclain.
KER. De allí vengo ahora... El Marqués no está tampoco en su quinta.
GENE. Mientes! temes por él, no es cierto? Oh! como no sea el mas vil de los cobardes... allí estará para mí.
KER. Parto contigo.
DOM. Y yo tambien, general.
GENE. No...! no necesito á nadie... generosos amigos! (*con ironia.*)
DOM. Pero yo necesito acompañar á usted, y le seguiré, á menos que no me rompa usted la cabeza antes de salir de casa.
KER. Simon... quieras ó no, iré contigo, porque si tus sospechas se realizan.... ninguna consideracion podrá detenerme... y... serás vengado ó satisfecho.
GEN. Bien; venid entrambos, puesto que lo quereis. Mientras mas testigos haya, mas público será el castigo.

(El general sale por la puerta del fondo con Domingo. Luisa sale rápidamente por la de la izquierda. Kerouan se detiene al oirla.)

LUI. (*dentro.*) Jeny! Jeny! (*sale*) Dios mio!... (*saliendo*) Dónde está Jeny? dónde?
KER. Luisa!
LUI. Mi padre! (*deteniéndose con terror.*)
KER. Me alegro de que vengas... Habla... Jeny... qué es lo que dice?
LUI. Jeny!.. Usted me pregunta... (*admirada.*)
KER. Si. No ha ido á la Alqueria?
LUI. Jeny?.. por ventura, no está aqui?
KER. Oh! El general tenia razon! Se ha marchado sin duda á casa del marqués! Infeliz!
LUI. Jeny en casa del marqués? Cómo?.... (*mas admirada.*)
KER. Ha olvidado hasta dónde podia conducir al general su cólera contra la inocente criatura abandonada ..
LUI. Abandonada? Quién?.. (*con terror.*)
DOM. (*dentro*) Kerouan!
KER. No puedo detenerme. Pero ya Domingo te habrá contado..... Si: en tí confio; tú velarás por ese pobre niño...
DOM. (*dentro*) Kerouan!
LUI. (*asustada*) (Ese pobre niño!..)
KER. Desgraciado Simon! Ah! (*abrázala.*) Luisa! Luisa! Dios nos libre de una desgracia semejante. (*vase precipitadamente.*)

ESCENA VIII.

LUISA.

LUI. Qué es lo que me ha dicho? Cielos! Ha hablado de Jeny! de una criatura abandonada! Y á mí.... que no he hallado á mi hijo en casa de Marta... Oh! yo pierdo la razon!..

ESCENA IX.

LUISA y MAGDALENA.

MAG. Dios mio! No entiendo cuanto está pasando!
LUI. Y Jeny no está aquí! (*sin ver á Magdalena*) Pero cómo buscarla? Magdalena!... (*viéndola.*)
MAG. Por fin te encuentro! Me dirás qué quiere decir?...
LUI. Qué?
MAG. Esta mañana muy temprano, y cuando yo salia de casa... para buscarte, entró en ella Domingo muy agitado..... diciendo..... dónde está Luisa?..
LUI. Y bien?
MAG. No le respondí; apenas tuve tiempo. Parecia un loco; y traia debajo de su capa una cesta.
LUI. Una cesta?
MAG. Y en ella un pobre niño. «Confíalo á Luisa, me dijo, y que nadie sepa...»
LUI. A mí?... á mí?... Estás segura?..
MAG. Si. Dios mio! Qué tienes?
LUI. Domingo te dijo que me entregases ese niño?..
MAG. Pues! añadiéndome con voz alterada.... «Kerouan lo ha mandado.»
LUI. Mi padre!!!
MAG. Yo volví á interrogarle... pero solo me contestó... «Luisa debe conocer ese terrible secreto... dile que es el niño de la cabaña de Marta...»
LUI. Cielos! El, enviado á la Alqueria por mi padre!... Confiado á mi propia! No es posible! Esto es un sueño! (Sabria por ventura la verdad y me habria perdonado! Ah! no, no!) Sígueme.

ESCENA X.

Dichas y JENY.

LUI. Jeny!
JEN. Eres tú, Luisa... He ido en tu busca...
LUI. Acaso sabes ya...
JEN. Retírate, Magdalena.
MAG. Al momento, señorita. (Estoy aturdida!) (*vase.*)
LUI. Sabes... di... sabes que mi padre ha enviado á mi pobre niño á la Alqueria... Sabes que se ha apiadado de él?
JEN. Si: tu padre ha sido mi salvador. Me ha defendido...
LUI. Ah! Cómo? De qué?
JEN. Creí que no iba á encontrarte nunca.. (*cae fatigada en el sofá.*)
LUI. Me buscabas? (*sentándose á su lado.*)
JEN. Si; para asegurarte, que yo no te abandonaré nunca... pero que al mismo tiempo debes comprender que me es imposible callar por mas tiempo.—Si solo se tratára de mí, yo sabria sobreponerme á la calumnia!
LUI. A la calumnia!
JEN. Pero no debo consentir en que mi padre sufra de ese modo! Tú me perdonarás!.. mas..
LUI. Acaba.
JEN. Yo no puedo dejarle morir de dolor por salvarte.
LUI. Por salvarme? Qué es lo que estás diciendo?

Esplícate.

JEN. Cómo! Pues á qué has venido? por qué?

LUI. Porque me han robado mi hijo... porque he corrido toda la noche como una loca buscándole inútilmente, y vine á preguntarte...

JEN. No sabes nada mas?

LUI. Nada mas... sino que, segun acaban de decirme, Domingo lo ha llevado á la Alquería, encargando, de parte de mi padre, que velase por él... Estás temblando!

JEN. Luisa! Luisa!

LUI. Lloras! Oh! Concluye de una vez!

JEN. Ayer tarde... en la fiesta... ha habido un suceso terrible!

LUI. Dí

JEN. Se habló de la cabaña de Marta...

LUI. Dios mio!

JEN. Se acusó á algunos...

LUI. Estoy perdida!

JEN. No; no fue á tí, Luisa.

LUI. No? Pues. . á quién?

JEN. A tí no te habian visto subir todos los dias á la cabaña.

LUI. Jeny! Jeny! Perdon!

JEN. Ni me arrepiento... ni me quejo...

LUI. Pero tú habrás rechazado esa imputacion afrentosa!.. Ah. Si. Quién se atreverá á acusar tu inocencia?

JEN. Luisa, he pensado en ti... y he callado!

LUI. Qué escucho! tú! Jamás! Yo no admitiré nunca semejante sacrificio!

JEN. Oh! veo que conoces que no puedo dejar padecer á mi padre por mas tiempo.

LUI. Tu padre!

JEN. Me creé culpada!

LUI. Ah!

JEN. Pero antes de justificarme, he querido verte, Luisa.

LUI. Para qué? Por qué has detenido un solo momento la verdad en tus lábios! Ah! Yo misma seré quién proclame tu pureza: yo gritaré que eres inocente: que solo yo soy criminal. Jeny, què has hecho?

JEN. Deja que yo le vea... que consiga que me escuche... se lo diré todo, y te protejerá.. si.. aguarda algunas horas.

LUI. Cuando tu padre te condena, yo no debo esperar un solo minuto.

JEN. Sí: mi padre me condena, ha querido matarme! Pero el tuyo me ha salvado. Espera que el mio tambien te salve á tí.

LUI. Oh! ya nada me importa lo que pueda sucederme! Lo primero eres tú.

JEN. Espera.

LUI. General! general! (*aparece el marqués.*) Señor marqués.., (*viéndole*)

ESCENA XI.

Dichas y MONTECLAIN.

JEN. (Ah! bien esperé siempre que no nos abandonaria!)

LUI. Señor marqués, usted viene á justificarla, no es cierto?

MON. Si: he sabido la sublime generosidad de de esta señorita, y á mi me toca volverle la consideracion que se le debe.

JEN. Pero querria mi padre escucharle á usted, á usted á quien tambien acusan?

MON. Sosiéguese usted, Jeny. Yo traigo aun mas que mi palabra de caballero para justificarla á usted: traigo pruebas positivas... Nadie en vista de ellas podrá abrigar la menor duda.

MON. No, Kerouan debe ignorarlo todavia. Escúcheme usted, Luisa. Yo he formado de su salvacion de usted una de las mas bellas esperanzas de mi vida, y nada omitiré para realizarla. Es usted la hija del antiguo servidor de mi padre: es usted la amiga de esta noble joven... y mi fortuna, y mi existencia entera están consagradas á asegurar á usted su reposo y su porvenir.

LUI. Tanta generosidad...

MON. Jeny: yo necesito cuanto antes hablar á su padre de usted.

ESCENA XII.

Dichos, LUIS, *luego* MADALENA, KEROUAN, DOMINGO *y el* GENERAL.

LUIS. Señorita! señorita! (*esta escena es sumamente viva.*)

JEN. Dónde está mi padre?

LUIS. He venido corriendo á decirle á usted.., que acaba de llegar; pero... apenas ha bajado del carruaje... ha visto el del señor marqués.. y.. (*sale Magdalena corriendo.*)

MAG. Ah! Señor.... ocúltese usted.... Huya usted pronto!

MON. Por qué?

MAG. El general está fuera de sí... Habla de matarle á usted... En vano mi tio Kerouan trata de detenerlo.

MON. Yo mismo me presentaré á sus ojos, y su enojo cambiará muy pronto en alegria. (*va á salir.*)

KER. (*saliendo*) Adónde va usted?

MON. A hablar al general, que debe escucharme antes de condenar á nadie.

KER. Es que no querrá escucharle á usted... que casi ha perdido la razon... que es en usted una temeraria locura arrostrar la cólera de un padre.

LUI. (Oyes?) (*á Jeny*)

MON. Los culpables son únicamente los que huyen de esos peligros; y si el general no diese oidos mas que á los ecos de su ira, sobre él no mas caeria el castigo y los remordimientos.

DOM.. Luego usted quiere con ese empeño de verle que se cometa un crimen!..

MON. (*alto*) Un hombre que se llama el conde de Esteve, no puede cometer crímen alguno.

GEN. (*sale*) Pero puede castigar al miserable que lo haya deshonrado. (*apareciendo de repente en la puerta del jardin.*)

MON. (*poniéndose frente á él.*) No, general; porque él sabrá respetar á su enemigo, cuando éste viene á su casa y le dice... Héme aqui, caballero.

GEN. Ah! (*con ira. Pausa*) Tiene usted razon. Yo no le buscaba á usted para asesinarle... salgamos...

MON. General, yo he venido tan solo para desengañar á usted.

GEN. Para desengañarme?.. para mentir de nuevo, querrá usted decir!!.

MON. Cuando he venido á su casa de usted, Mr. D'Esteve, debia usted estar seguro de que

solo trataria de hablar á usted de honor.

GEN. De honor? Cómo! (*da á Domingo las pistolas y baja á la escena*) Despues de haber deshonrado mi nombre, el señor marqués de Monteclain viene á hablarme de honor? Ya comprendo. Sin duda es del honor que quiere hacerme, pidiéndome la mano de mi hija. (*con sonrisa violenta.*)

MON. Eso lo seria por el contrario para mí, caballero; pero yo temeré siempre no ser bastante digno de obtenerlo.

KER. Señor Marqués, que es lo que usted dice?

GEN. (Miserable!) En fin, que es lo que usted ha venido á hacer en esta casa? Pensaba usted por ventura, que quedaria impune tanta insolencia, porque mi hijo es un cobarde que me abandona... porque usted no encontraria aqui sino un anciano débil y enfermo?

MON. Su hijo de usted estaria aqui para defenderme, si en estos momentos no vengase quizá el honor de su hermana...

GEN. Entonces, que busca usted en mi casa? Que otro adversario que no sea usted pudiera tener Jorge?

MON. El que se ha hecho eco de una infame calumnia....

GEN. De una calumnia!.. Y se atreve usted á decirlo!.. usted...!

MON. Si; porque traigo las pruebas... (Mande usted que nos dejen solos.) (*al General.*)

GEN. (*retrocediendo.*) Hable usted alto, caballero. La afrenta ha sido pública, y es preciso que la reparacion lo sea tambien... como lo será igualmente el castigo.

MON. Pues bien. Lea usted, General. (Pero repare usted delante de quien lee.) (*dándole la carta que Luisa escribió á su padre en el primer acto.*)

GEN. (Qué quiere decir?)

JENY. (*bajo á Luisa.*) Ese escrito...

LUISA. (*fijando en ella una mirada desde lejos y reconociéndola.*) (Mi carta!)

JENY. (*vivamente.*) (Calla por Dios.)

(Kerouan ha observado los movimientos de las dos jóvenes. El General se sienta á leer á la derecha del espectador y un poco detrás. Monteclain queda en pié cerca de él y le oculta de los demas personajes. Kerouan en medio de la escena, los mira muy lentamente á todos y con aire de sorpresa é investigacion. Luisa y Jeny están á la izquierda. La primera vuelta del lado de la otra que la contiene con sus gestos. Magdalena mas á la izquierda. Domingo mas á la derecha del otro lado del sofá donde está el General.)

GEN. (*leyendo.*) (De Luisa!... Como! Marques!.. Era Luisa!..)

MON. (*al General.*) (Silencio! Si. Ella era...)

GEN. (*á Monteclain.*) (Y esta carta...)

MON. (Su hija de usted la leia en las corridas de Lamballe; pero engañando á Kerouan... yo le diré á usted luego...)

GEN. (Ah! todo lo comprendo! Noble criatura... salvaba á su amiga!.. Se sacrificaba tan generosamente... Y yo la he acusado!.. (*mira á su hija con las lágrimas en los ojos.*)

MON. (*al General.*) (Prudencia!)

GEN. (*le hace señas de alegria y de cariño sin que Kerouan lo note: ella le contiene, señalando á Luisa.*) (Pobre Jeny! cuanto ha debido sufrir!)

JENY. (*á Luisa.*) (Nos hemos salvado, yo te lo aseguro!)

KER. (*para si.*) (Y no abraza á su hija!)

MON. Y ahora, general, querrá usted escucharme sin testigos?

GEN. Si, si.

KER. (*mirándola con disimulo.*) (Y Luisa llora!)

GEN. Vamos, hijos mios... vamos... necesito estar solo con el Marqués.

MON. (*dirijiendose á las dos.*) Señorita... Suplico á usted... Retírese usted, Luisa...

(En el momento en que Luisa vá á salir la detiene Kerouan con una seña pronta, y se dirige en seguida junto al General que permanece sentado.)

KER. (Qué carta es esa?) Conque... estás contento, Simon?...

GEN. (*turbado.*) Ciertamente. Si... y quiero...

KER. Esa carta... prueba que tu hija es inocente?

GEN. Puedes dudarlo? (*mirándole con terror y ansiedad.*)

KER. (Oh! no, no. Es la misma...) Y esa prueba.. tú nos la darás á conocer... no es verdad?

GEN. Para qué?... Basta conque á mi me satisfaga.

(Vá á guardar la carta en el bolsillo del frac. Kerouan le detiene con fuerza y prontitud la mano, clavando en él sus ojos escudriñadores y mirándole de hito en hito.)

KER. Pero no me satisface á mi.

GEN. Ah!!

LUISA, JENY Y MON. Ah!!

GEN. Suelta esa carta, desgraciado! (*queriendo quitársela.*)

KER. (*quedándose con ella. Pausa. Terror general. Vuelve los ojos á las dos jóvenes, se dirije al Marqués y á Jeny, y con aparente calma agarra á Luisa comprimiéndose y llevándola al centro de la escena.*) Esta carta es mia. Y pues que ustedes dos mintieron al leérmela... Tú vas á decirme su contenido, Luisa.

MON. Silencio!

GEN. No la leas!... (*á Luisa.*)

KER. General... señor Marqués... ni una sola palabra. Su padre se lo manda... Lee, desdichada... lee pronto. (*le presenta la carta sin soltarla; ella cae de rodillas.*)

LUISA. Perdon, padre mio, perdon.

KER. Ya escucho.

(Con afectada calma y aparente sonrisa y poniéndole la carta delante. Luisa lee con voz ahogada.)

LUISA. »Padre mio, he olvidado todos los deberes »que el... que el honor me imponia... Dios me »ha castigado con la desgracia! Yo voy á cas»tigarme con la muerte.» Si, he querido morir!

KEROU. Lee. (*en el mismo tono que antes.*)

LUISA. »Perdóneme usted si no revelo el nombre »del que me ha perdido! Perdóneme usted si »muriendo, al verme abandonada por él, llevo »conmigo á la tumba mi secreto para librarlo »de su venganza.»

KEROU. Pero vives aun! Continua. (*bajo, en seguida reponiéndose.*)

LUISA. »No quiero que se maldiga á nadie mas »que á mi, que á nadie sino á mi se castigue.» (*leyendo de rodillas.*)

MONT. Noble corazon!

GENE. Infeliz!

LUISA. »Al saber mi falta me hubiera usted mata»do, y á mi hijo tambien: esto habria sido un »crimen, padre mio, ante Dios y los hombres, »y he preferido ser yo la que le cometa. Dios »tal vez, me perdonará mi muerte, pues ella »le evita á usted la desesperacion y la necesi-

»dad de castigarme. A Dios... padre mio!... A »Dios! y él os bendiga!

(Luisa inclina la cabeza sobre el pecho, Kerouan permanece inmóbil. Monteclain se adelanta poco à poco y se coloca entre Kerouan y Luisa, á quien levanta del suelo, confiándola á Jeny que la recibe en sus brazos. El general se levanta y se aproxima tambien poco á poco á Kerouan y le toma una mano; este se arrodilla sin mirarlos y todo lo mas lentamente posible clavando sus ojos en el cielo.)

GENE. Kerouan! amigo mio! (*tomándole una mano.*)

MONT. Kerouan, escúchame. (*le toma la otra.*)

KEROU. Dios mio! Tú que castigas y perdonas! Tú que me has sostenido durante cuarenta años de trabajos y de combates... tú que me has enseñado á sufrir por tu santa causa... tú que siempre me has mostrado el sendero del honor.... Inspírame piadoso... y dame á conocer tu voluntad... (*baja la cabeza.*)

JENY. (El te concederá su perdon!) (*á Luisa.*)

LUISA. (No lo esperes, jamás.) (*á Jeny.*)

(En este momento se oye un gran ruido hácia el fondo; la puerta se abre y Mme. de Brias, seguida de su hija y de toda la sociedad que estuvo en la fiesta, sale rápidamente. El general les sale al encuentro y quiere detenerlos.)

GENE. Ah! Señores.... Señores....

MME. DE BRIAS. Perdone usted, general, si nos presentamos de esta suerte; pero vengo á esponer á usted mis disculpas y las de mis hijos,

GENE. Basta! Por favor!... Yo se lo ruego á ustedes!

KEROU. Continue usted, señora. Cumpla usted su deber. Cada uno obtenga lo que le pertenece. A la virtud y la inocencia, el respeto y la veneracion; al vicio y al crimen, la verguenza y el castigo. Ven, ven, infeliz. (*asiendo á Luisa de la mano.*) Nuestro lugar no está entre los dichosos ni las gentes honradas! (*vase llevándola con violencia.*)

GENER. Kerouan!

MONT. Espera.

JENY. Ah, padre mio! Sigámosle.

GENER. Kerouan! (*vase con su hija.*)

MONT. Señora!... Señora!... y tiene usted valor! (*á Ana viéndola entre la multitud.*)

ANA. Marqués... qué significa?...

MONT. Viene usted á gozarse en su obra?... Aléjese usted cuanto antes de esta casa. (*rumores en la concurrencia.*)

ANA. No hay de que admirarse, señores; Monteclain ignora sin duda, que esta casa es desde hoy la mia.

TODOS. Como! (*sale Jorge*)

JORGE. Jamás! Por fortuna he llegado á tiempo de impedir sus osados proyectos. (*á Ana.*)

MONT. Jorge.

ANA. Si. Mr. Jorge D' Esteve, mi esposo.

TODOS. Su esposo!

JORGE. Ah! infame!

MONT. Qué hace usted? (*á Ana.*)

ANA. Ver si el general se atreve ahora á negarme el nombre qué su hijo me diera.

ALI. Mi coronel! (*saliendo.*)

MONT. Has vuelto ya.... condesa.... muy pronto lo sabremos.

(Animado y con tono de amenaza se dirige el marqués á Ana; Jorge contenido por este, vase entre los concurrentes que demuestran la mayor sorpresa.)

Cae el telon.

ACTO QUINTO.

(El teatro representa una habitacion baja de la alquería de Kerouan; medio fondo está cubierto con una ventana al campo: el otro medio descubierto y delante de él un camino que conduce á una montaña elevada y áspera. A la derecha del espectador una puerta y otra á la izquierda; junto á la ventana del fondo hay colgada una hacha de leñador; á la izquierda y en primer término, una chimenea sobre la cual hay tambien dos espadas cruzadas y una carabina: á la derecha del espectador dos puertas en alto, que tienen un corredor con su barandilla y escalera que conduce á la escena.)

ESCENA PRIMERA.

LUISA, JUAN, *bretones y bretonas y despues* KEROUAN.

JUAN. Podremos saber, señorita Luisa, para qué nos ha hecho el amo venir tan de prisa del campo?

LUI. El se lo dirá á ustedes sin duda.

JUAN. Tiene hoy una cara... nosotros no le hemos hecho mal alguno.

LUI. Bien. Esperad. (Yo tambien aguardo!

JUAN. Señorita, yo no sé lo que sucede... pero usted siempre... siempre ha sido usted el consuelo de los pobres; y si le hubiera sucedido alguna desgracia á usted ó á su padre... todos trabajariamos por ustedes sin interés de ninguna especie, y tan de veras, como hasta aqui. No es verdad, amigos mios?

TODOS. Si, si.

JUAN. Ya nos pagarian cuando pudiesen. (*viendo á Kerouan.*) El amo!

(Sale Kerouan por la puerta del corredor, baja, y tira sobre la mesa, que hay en el mismo lado, un saco de dinero y se dirije á Luisa con gravedad.)

KER. Cuente usted ese dinero. (*á Luisa.*)

LUI. Yo?

KER. Si, usted. Es preciso conservar al menos el poco honor que nos queda. (*Luisa baja los ojos, se dirije á la mesa y cuenta el dinero.*) No ha vuelto Magdalena?

JUAN. No señor. Sin duda no ha hallado aun á su hijo de usted.

KER. (*sentándose y á Juan.*) Ya le encontrará. Acercaos. (*á los otros.*) Ninguna queja tengo de vosotros; habeis ganado honrada y laboriosamente vuestro pan en mi casa... No todos suelen hacer esto en el mundo... pero en fin, Dios dispone las cosas segun su voluntad. Creed, amigos mios, que en tanto hubiera vivido aqui, no os habria faltado trabajo ni alimento .. mas... circunstancias que no podia preveer, me obligan á dejar la alquería.

JUAN. Usted?

TODOS. Usted?

JUAN. Eso no es posible!

LUI. (Que quiere decir? Gran Dios!)

KER. Esta noche habré partido ya.

JUAN. Pero por qué, señor? Por qué?

KER. Mañana lo sabreis. Tal vez hoy mismo... dentro de una hora quizá... He ahi la razon porque es preciso darnos prisa... Decid lo que se os debe... voy á pagaros en el acto.

TODOS. Pero señor...

KER. Luisa va á ajustar vuestra cuenta.

LUI. Padre mio!

KER. Ignora usted que no sé leer ni escribir? Por otra parte, ningun interés puede usted

tener en engañarlos tambien á ellos.

(Kerouan se vá al fondo y se sienta en un banco pequeño, con la cabeza metida entre las dos manos. Los demas rodean todos á Luisa.)

Lui. (*á uno.*) Ten, Francisco. Es esa tu cuenta y la de los demas jornaleros?

Fra. Para que quiero verlo?

Lui. (*á uno.*) Para ti. (*á otros dos.*) Los dos luises de vosotros. (*á Juan.*) toma tú, Juan,

Juan. Ah! Señorita... nosotros trabajariamos de valde... Digaselo usted al amo.

Lui. Gracias amigos mios, gracias... Id con Dios.

Ker. Han concluido? (*levantándose.*)

Lui. Si señor.

Ker. Y eso qué es?... (*mirando un montoncito de francos.*)

Lui. Son los gajes de Pornic.

Ker. En dónde está?

Lui. Oh! El miserable no se atreverá á venir!

Ker. Si no hubiese miserables para hacer el mal, (*siempre con afectada calma y tomando el dinero.*) no los habria tampoco para contarlo... Dale á Pornic lo que le toca. Era un trabajador incansable! (*á Juan.*)

Juan. Era un villano... una astuta serpiente!

Ker. Ese es asunto para Dios y él tan solo. A mi nunca me ha engañado... Idos, hijos mios... Adios... Continuad siendo laboriosos y honrados! Una conciencia limpia conserva siempre sano el corazon, aun cuando el infortunio le atormente. Adios, dejadme solo.

Todos. Adios, señor Kerouan!

Ker. El os proteja... (*vanse los aldeanos.*)

ESCENA II.

Luisa y Kerouan.

(Kerouan baja muy lentamente la escena, toma una silla y vá á sentarse en medio del teatro. Luisa se acerca á su lado pausadamente y se pone de rodillas.)

Lui. Padre mio!

Ker. Sientese usted... (*despues de una pausa y con aparente calma.*)

Lui. Perdon, piedad!

Ker. Siéntese usted..! Yo se lo ruego...

Lui. Oh! déjeme usted suplicarle y llorar de rodillas.

Ker. (*levantándose.*) Entonces... Aguardaré!

Lui. Padre mio!.. Padre mio!..

Ker. Le he pedido á usted que se siente... tenemos que hablar de ciertos negocios.

Lui. Ya obedezco.

Ker. Luisa. Yo he procurado toda mi vida, (*siempre afectando calma y reposo.*) el ser un hombre de bien, y aunque un pobre aldeano como yo, valga muy poco en el mundo, aunque no parezca cuerdo el alabarse á si propio... nunca le he hecho mal á nadie.

Lui. Ah! Usted ha sido siempre el ejemplo del honor y de la probidad.

Ker. Mucho ha ponderado usted. Sin duda debe saberlo mejor que yo... pero dejeme usted esplicar las cosas como yo las comprendo. Decia pues, que nunca he hecho mal á nadie... y no quiero dar hoy motivo para que se me desmienta... quebrantando mi conducta con mis propios hijos.

Lui. Dios bendiga, señor, tan sublime bondad!

Ker. Tendria unos veinte y cinco años cuando me casé con su madre de usted!

Lui. Madre mia!

Ker. Concluida la primera guerra de la Vendée. Yo era pobre, pero como me habia batido hasta lo último por la buena causa, su madre de usted que era natural del pais, correspondió á mi afecto... su padre creyó que un poco de honradez, valia tanto como algunos escudos... y me otorgó á su hija.

Lui. Mi pobre madre! tan orgullosa de tenerle á usted por esposo!

Ker. He querido decir con esto, que todos los bienes que poseemos nos han venido de ella.

Lui. Los bienes que poseemos! Padre mio, de que trata usted de hablarme?

Ker. De la porcion que á usted pertenece.

Lui. De lo que me pertenece? (*hace un movimiento para levantarse.*) A mi! Ah! por qué usted me habla de ese modo?

Ker. Continue usted en su silla... Yo no tengo mi cabeza bien organizada para las cuentas, y es preciso que no cometa error alguno...

Lui. Ah! maldigame usted... pero no me trate usted asi.

Ker. (*siempre en el mismo tono.*) Ha llegado el momento, de que cada uno piense en si propio. Usted lo ha hecho como mejor le ha parecido... y... ya vé usted que no le digo nada!.. Pero cada cual tenemos nuestras ideas... Yo no le pido á usted grandes sacrificios... solo algunos minutos de paciencia.

Lui. Hable usted... padre mio... hable usted ..

Ker. Yo habia recibido seis mil francos de la dote de Mariana y con ellos tomé la alqueria que habitamos. El viejo marqués de Monteclain, que me amaba, porque los dos habiamos, durante la guerra, dividido á menudo el hambre y la fatiga... Mr. de Monteclain, repito, me cedió la alqueria á buena cuenta, pudiendo yo, á favor de ella, criar á los cuatro hijos que nacieron de mi pobre Mariana.

Lui. Ah! (*llorando.*)

Ker. La dicha nos sonreia por todas partes, y yo contemplaba radiante de felicidad á mi esposa y á los frutos de nuestro amor, cuando nos sentábamos á la mesa y cuando nos apiñábamos junto al hogar en las crudas noches del invierno... pero pronto la suerte nos volvió el rostro... y en menos de un año acompañé á dos de mis hijos al cementerio de la aldea vecina!.. Este fué un rudo golpe que me abatió como á un niño, y... que mató á su madre de usted... cuando apenas contaba diez y nueve años!

Luisa. Ah! por qué no morí yo con ella.

Kerou. Usted no puede acordarse bien de todo eso. Pero yo lo tengo muy presente. El pobre Cristóbal, niño todavia, caminaba á mi lado, detras del atahud. Hacia frio y llovia copiosamente. Yo la habia tomado á usted en mis brazos y... usted que me veia llorar, besaba mis párpados para consolarme.

Luisa. Basta! Por piedad, padre mio!

Kerou. Nada de esto le recuerdo para acusar á usted. Lo hago tan solo para enterarla de cuanto ha sucedido, y para que usted sepa que no quiero dejar de darle ámplias cuentas de todo cuanto la concierne.

Luisa. Ah! Cuando el general quiso matar á Je-

ny, tuvo mas compasion de ella.

KEROU. Un poco de paciencia y concluyo en seguida... Usted no ignora que las enfermedades y la muerte cuestan muy caras... Asi pues... cuando murió su madre de usted, me vi lleno de deudas contrahidas sobre los bienes que á usted le dejaba. Sin embargo, á fuerza de órden, y de constancia lo pagué todo; y aun esperaba hacer algunas economias... pero otra desgracia cayó sobre nosotros. El fuego consumió la pequeña quinta que teniamos en la montaña que linda con el lago vecino.... y no dejó mas que esa miserable cabaña que Marta habita y que usted ya conoce!

LUISA Pero qué quiere usted decir con todo eso?

KEROU. Era preciso trabajar de nuevo, hacer de nuevo mas crecidos gastos..... tal vez fui mas lejos de lo que debiera.... Quise que recibiese usted una educacion como una señorita.... Lo crei conveniente... tambien ha costado muchos desembolsos... Lo siento.... á pesar de ello, aun he podido hacer seis mil francos de economia... usted los hallará sobre la mesa de su cuarto: con ellos hay varios créditos, varios títulos de pertenencia... realizelos usted; y.. si no cubre la suma que á usted le pertenece, rogaré á su hermano de usted que me los preste de su legítima, y quedaremos en paz.

LUISA. (*levantándose.*) Padre mio! Dios ha concedido á los mas culpables el derecho de implorar su misericordia... y aun el asesino que sube las gradas del cadalso, tiene á su lado un sacerdote que le habla de perdon... Yo sé que solo á Dios puedo rogar me absuelva... pero le he escuchado á usted, y ahora le pido pronuncie mi sentencia... (*poniéndose de rodillas.*)

KEROU. Yo no soy juez, y no puedo absolver ni condenar. Yo soy únicamente un deudor que acaba, como su deber se lo imponia, de devolver lo que no era suyo... y que en cambio quiere que se haga otro tanto con él.

LUISA. Y que puedo yo deberle que me sea posible pagarle nunca?

KEROU. (*levantándose.*) Usted me debe la parte del bien que me pertenecia y que yo le habia á usted confiado.... Usted me debe cuenta de mi honor, que era mi único patrimonio, que era mi solo bien... y á mi vez estoy dispuesto á escucharla.

LUISA. Padre! padre!

KEROU. Qué has hecho de él, responde?

LUISA. Oh! Ese honor! Mi mas preciosa herencia! Lo he marchitado! Lo he perdido!

KEROU. No hablas mas que del tuyo! Pero el mio!.. el mio!... Tú has arrojado el que te pertenecia á la mitad del camino... y tu parte está deshecha... Eres una jóven perdida y esto solo es tu sentencia y tu castigo... Pero yo!.. yo no quiero ser el padre de quien se le roba el honor y se calla! Esa seria mi mas cobarde infamia!... y yo no la sufriré!

LUISA. Cielos! Que intenta usted, señor! (*levantándose.*)

KEROU. Cree por ventura el vil que te ha seducido, que yo no le reclamaria lo que me ha robado? Habeis creido los dos que dejándoos en el fango de vuestra ignominia, cederia mi enojo y mi venganza? Oh! no. Gracias al cielo, á nadie le es dado hacer un infame de un hombre de bien, y menos lo hareis vosotros, los que vivis en la vergüenza, con el que acaba de condenaros... Su nombre.

LUISA. Para matarle?

KEROU. Yo no le he preguntado á usted lo que haria de sus bienes.... todos se los he dado.... y usted me debe ese nombre.

LUISA. (*apresuradamente y con agitacion.*) Padre mio; el dia en que me vi abandonada de Dios, para dar mi vida á aquel á quien amaba, le juré esperar en silencio la hora en que él viniese á reparar mi falta.... Es un crímen añadido al otro sin duda... pero... yo no faltaré traidoramente á lo que he prometido...!

KEROU. Yo no la despreciaba á usted hasta el punto de creer que amaba usted á un cobarde!

LUISA. Dios lo juzgará á su vez... pero yo he jurado...

KEROU. Luisa, la afrenta de mi honor pide sangre! Necesito la vida de ese hombre!

LUISA. Padre... yo soy dueña de la mia... y se la entrego á usted.

KEROU. Luisa, al intentar morir, habias querido sin duda evitarme un crimen..... tratas que acabe por cometerle?

LUISA. Máteme usted... máteme usted... pero yo no he de revelar ese nombre!

KEROU. Luisa.... Yo no quiero matarte.... lo que quiero es que hables.

LUISA. Lo he jurado.

KEROU. Luisa... tú ignoras una cosa quizás... tú no sabes que se quiere á un hijo mas que á un padre?

LUISA. Qué dice usted?

KEROU. Que si se puede abandonar á un padre á la vergüenza, á la desesperacion y á la muerte, (*dirigiéndose á la puerta del cuarto de Luisa.*) no es posible ver sufrir un solo minuto á la criatura que recibiera nuestro ser.

LUI. Pero... Dios mio!.. á dónde va usted?

KER. Si no me dices el nombre del que te ha burlado... no será en tí, Luisa, en quien vengue mi ultraje... Tu hijo está aquí dentro... (*en la puerta; ella, fuera de sí, se lanza á su padre.*)

LUI. Mi hijo! Mi hijo!

KER. Atrás!.. (*rechazandola.*)

LUI. Socorro! Socorro! (*asiéndole las manos.*)

KER. He alejado á todos los de la Alqueria. (*rechazándola.*)

LUI. Tenga usted piedad de mí!

KER. Ese nombre!

LUI. Yo se lo diré á usted; pero obligarme á ser perjura amenazando la vida de mi hijo, eso es horroroso, padre mio!

KER. Ese nombre!

LUI. Sí, sí: Pero lo que quiere usted hacer, es indigno de su alma.

KER. Ese nombre!

LUI. Voy á decirlo... repito... mas asesinar á un pobre niño, cuando puede usted matar á su madre... es una cosa horrible.

KER. Pronto ese nombre!

LUI. Ah, Dios mio! Perdon! ya no puedo ocultarlo! El hombre á quien amo...

KER. Acaba.

LUI. Es...

ESCENA III.

Dichos, JORGE, *apresurado, y con él* JENY.

JOR. Luisa! Esos gritos...

LUI. Ah! Jorge! Jorge! Quiere matar á mi hijo! (*lanzándose á él.*)

JEN. Cielos!

KER. Luisa! (*queriendo imponerla silencio.*)

JOR. Antes me matará usted á mi!.. (*poniéndose con resolucion delante del cuarto de Luisa.*)

KER. Qué dices?

LUI. Oh! seremos dos ahora! (*poniéndose al lado de Jorge.*)

KER. Tú!.. Jorge!.. tú la defiendes!.. Qué vienes á hacer aqui?

JOR. Puesto que para saciar su venganza necesita usted derramar sangre... yo soy el culpable... vierta usted la mia! (*hinca una rodilla en tierra.*)

JEN. Jorge! (*sorprendida.*)

KER Tú! tú! miserable! (*abalanzándose á cojer el hacha, y alzándola contra Jorge.*)

LUI. Ah! (*dando un grito.*)

JEN. Kerouan! Qué va usted á hacer? (*poniéndose delante.*)

Pausa: Kerouan con el hacha levantada: Jeny delante conteniéndole: Jorge de rodillas: Luisa al lado de Jorge Kerouan se dirige á Jeny.

KER. Sí... tienes razon! (*queriéndose sosegar y tirando el hacha.*) Jorge! El hijo de mi antiguo amigo... Jorge!.. El!.. Tú lo sabias, Jeny... y tú ocultabas el crimen de tu hermano!.. Qué horror!

LUI. No, padre mio, no! Ella no ha callado mas que mi falta: ella no ha tenido piedad mas que de mí!

KER. Bien. Poco me importa ya.

Se dirige á la chimenea, y descuelga las espadas que sobre ella hay, y las coloca en la mesa.

JEN. Qué va á hacer?

KER. Hé aqui mi antigua espada de la Vendée, caballero, y hé ahi tambien con ella la que me dió su padre de usted cuando lo saqué bañado en sangre del campo de batalla... (*agitacion de las jóvenes.*) Cuál elije usted?

JOR. La de mi padre. Yo sabré empuñarla con honor.

LUI. Qué dices, Jorge?

KER. Me ha entendido usted, caballero?

JOR. Estoy pronto á seguirle.

LUI. Tú!.. tú!.. Pero qué van á hacer?

JOR. Por mi parte á cumplir mi última obligacion... A morir, Luisa!

LUISA y JENY. A morir.

JEN. Y es eso lo que tú debias...

LUI. Un momento, Jeny... Padre mio, ya le conoce usted, y sabe que no reusará seguirle; pero concédame usted un instante, un solo minuto para hablar á Jorge.

KER. Tendré paciencia!.. esperaré!.. (*va á salir.* Dile cuanto quieras.

LUI No: sola, no; padre mio, sino delante de usted que me ha condenado... delante de ella que ha tenido piedad de mí! (*por Jeny*) delante de Dios que nos escucha.

Kerouan vuelve á bajar á la escena, y se dirige á la mesa, apoyándose en ella, y dejando encima la espada.

KER. Sea. Dile tus últimas palabras.

LUI. Escucha, Jorge, y respóndeme otra vez si te atreves, como me has respondido antes: A dónde vas?

JOR. Ya lo he dicho. A morir!

LUI. A morir! (*con sorpresa y desesperacion.*)

JEN. Hermano mio!.. No piensas...

LUI. Cállate, Jeny; yo te lo ruego. Morir dices! (*á Jorge.*) Cómo!.. En tal momento .. aqui? En esta casa?.. Cuando ves un padre desesperado, una pobre muger perdida... y alli .. alli... un hijo, que es el tuyo, y que no tiene nombre... no te ocurre otro pensamiento que la muerte!

JOR. Es lo único que puedo hacer. La muerte, Luisa, es la espiacion de todos los crímenes.

LUI. Dios mio! Dios mio! me desprecia tambien!

JEN. Ah! Jorge! Eso es horroroso!

KER. Y usted creia que me hubiera vengado mejor matándola á usted?.. (*á Luisa.*) Salgamos, caballero!

JOR. Al instante! (*Jeny les impide el paso.*)

JEN. No, no; es posible! Escúcheme usted, Kerouan. Mi padre va á venir de un momento á otro.

JOR. Mi padre va á venir! Ah! marchemos, marchemos. Que no oiga yo su maldicion! El mismo me aconsejaria la muerte! (*aterrado.*)

JOR. Oh! tú no conoces á nuestro padre... (*á Jor.*)

KER. Tú mientes, y tú eres un cobarde!

LUI. Padre mio... no sabe lo que se dice! ha perdido sin duda la razon! (*conteniéndole.*)

JEN. Ah! al fin vino mi padre!

JOR. Cielos! Ah! (*se le cae la espada de la mano al oir que llega el General.*) Tenga usted compasion! Usted lo ha querido. Pues bien; interróguele usted, y él le dirá por qué busco la muerte. (*á Kerouan.*)

KER. Basta. Yo sè lo que me toca hacer.

LUI. Dios mio!

ESCENA IV.

Dichos y el GENERAL.

GEN. Perdona, si he tardado, Kerouan. (*saluda á las jóvenes al salir.*)

KER. No hay de qué... Era muy justo que recibieses las felicitaciones de tus amigos... y has hecho bien.

GEN. (*tomándola una mano.*) El recuerdo de tus penas me hablaba sin embargo mas alto que todas esas vanidades... pero yo sé que es preciso dejar á la desesperacion la libertad de sus primeros arrebatos, para que pueda escuchar despues los consejos de una amistad verdadera y... confiaba al mismo tiempo en la promesa que esta mañana hiciste á Mr. de Monteclain.

KER. Ya ves que la he cumplido... y estoy dispuesto á oir tus consejos... Qué tienes que decirme?

GEN. Qué me decias ayer tú mismo? Que debíamos perdonar á la juventud, á las pasiones y al amor.

KER. Es verdad; y tú no querias escucharme, pero yo... sin embargo, soy menos orgulloso... que tú, Simon. Y si el que ha seducido á mi hija se dispusiera á volverle su honor... tal vez se lo perdonaria.

GENE. Y qué motivo podria impedirle...

KER. Tal vez él lleve un nombre que tema humillar dándoselo á la hija de un pobre arren-

dador...

Gene. Aunque ese nombre contara diez siglos de nobleza, lo ha puesto ya al nivel del tuyo...

Ker. Quizá tema tambien el resentimiento de su familia... la maldicion de un padre rigoroso...

Gene. Si hubiera un padre bastante infame para negarse á tan justa reparacion... la desobediencia llegaria á ser en tal caso un derecho respetable.

Ker. Pues... no opina él de ese modo.

Gene. Qué! Le conoces ya por ventura?

Ker. Si.

Gen. Y... quién es el cobarde que se ha atrevido á guarecerse con semejantes obstáculos, para no llenar tan sagrado deber?

Ker. Un hombre... que, seguro sin duda de su destreza en las armas, ha creido que con un duelo satisfacia el honor de una familia.

Gen. Pero con esos miserables no se bate uno, Kerouan... sino se les mata!

Ker. Se les mata!.. (*volviéndose á Jorge.*) No soy yo quien te condena, Jorge! Ha sido tu padre!

Gen. Jorge!.. Mi hijo!.. El!.. Esto es un sueño horrible!

Jen. Si, sí: mi hermano, que temiendo su enojo de usted, no se atrevia á esperar su perdon..! (*abrazando al General.*)

Gen. Anatema y maldicion sobre él!

Jorge, Luisa y Jeny. Ah!!!

Gen. Otro delito mas! Vete, desgraciado. Huye de aqui.

Ker. Qué dice! (*sorprendido.*)

Jen. Padre mio! Ha sido muy culpable, lo conozco; pero usted le perdonará... como Kerouan perdonará á su hija, y la union de entrambos...

Gen. Nunca! Nunca!

Lui. Cómo! usted tambien me condena! (*al General.*)

Ker. Luisa!.. Luisa!.. Falta apurar mas aun la copa de infame amargura que me has hecho beber!..

Lui. Yo me vuelvo loca! No, no: esto es increible!

Gene. Vete, Luisa... Jeny, déjanos. (*á Jorge.*) Sal de aqui, repito... Kerouan!.. Es preciso que yo te hable á ti, á tí solo.

Ker. Ahora le toca á usted, señor general! Hable usted alto!

Gene. Kerouan, escúchame!

Ker. Quién es el cobarde, me decia usted hace poco, que pueda negarse á tan justa reparacion? El cobarde es éste. (*señalando á Jorge.*)

Gen. Kerouan! Kerouan!

Ker. Quién es el padre bastante infame para rehusar una rehabilitacion tan necesaria?.. decia usted tambien... Ese infame es usted...

Gen. Kerouan!.. Una palabra!..

Ker. Basta, caballero, basta. Y díganme cuál de los dos quiere empezar el duelo? (*dirigiéndose á los dos.*)

ESCENA V.

Dichos, y Ali corriendo.

Ali. Padre mio! Padre mio!

Jeny, Luisa y Jorge. Oh!!! (*al ver á Ali.*)

Ker. Ah! Dos contra dos! Igual es la partida!

Ali. Qué quiere usted decir?

Ker. Ali, no sabes nuestra deshonra?

Ali. Si, padre mio. Acaban de decirmelo, y solo he venido á saber el nombre del seductor.

Ker. El seductor? El seductor se llama el vizconde Jorge de D. Esteve! Lo entiendes?

Ali. El! El! (*retrocede horrorizado.*)

Ker. Y como es hijo de un noble de nuevo cuño, que desprecia sin embargo á los nobles de otros tiempos... nos abandona á nuestro oprobio... de miedo de ensuciar su nombre con el de un breton honrado.

Ali. Es que... es que ese hombre es mas infame.. es mas culpable de lo que usted cree, padre mio, porque ese hombre está casado!

Todos (*menos el General y Jorge.*) Casado!

Jorge. (*á Kerouan.*) Por eso quiero morir!

Gener. (*á Kerouan.*) Ya sabes mi secreto.

(Pausa: Luisa se queda inmóvil con los ojos fijos y desencajados, con la fisonomía contraida. Se nota un gran trastorno en su semblante y esclama como una loca, dirigiéndose sin saber lo que hace ya á uno ya á otro.)

Luisa. (*al general.*) Casado! (*á Jeny.*) Casado!! Ah! (*se encuentra frente á Jorge y dá un grito, en seguida se dirige á Ali.*) A Dios, hermano mio!

(Se lanza como una loca á su cuarto abriendo la puerta con violento frenesí y cerrándola por dentro. Kerouan ha quedado inmóvil.)

Gener. Ah! Jeny! No la dejes sola! sálvala tambien otra vez!

Jeny. (*que ha ido al cuarto de Luisa, el general señala á su hija el campo y Kerouan sigue inmóvil.*) La puerta está cerrada!

Gener. No, por ahi: por ahi.

Jeny. (*saliendo y llamándole.*) Jorge! Jorge!

Gener. (*Jorge se dirige precipitadamente detras de Jeny, su padre le detiene un momento.*) A dónde va usted?

Jorge. A morir con ella ó á salvarla!

Gener. (*bajo.*) Ni aun ese derecho tiene usted....

Jeny. (*dentro.*) Luisa!.. Ah! huye por la montaña con su hijo! Luisa!

Jorge. Cielos!.. (*vase precipitadamente.*)

Gener. (*dentro.*) Domingo! Domingo! Socorro!

Ali. Oh! Yo le buscaré padre! Padre mio! (*viendo ir á Jorge, luego se dirige á su padre que continua inmóvil.*)

Kerou. Ah Dios mio! Cuanto sufro! Dios mio! yo no puedo mas!

(Rompe primero en lágrimas y cae sostenido apenas contra la mesa. Ali se arrodilla á sus pies y le besa la mano.)

Ali. Padre! Padre!

Kerou. Déjame! déjame llorar!.... Ah! tengo oprimido el corazon.... me ahogo.... Padezco mucho!... mucho!... mucho!!!

Ali. Si; llore usted, llore usted: á mi me toca vengarle!

Kerou. Tú matarás á ese mónstruo, no es cierto? A ese miserable que ha perdido á mi pobre hija... que era tan buena, tan inocente, tan honrada antes de conocerlo!

Ali. Si, le mataré ó no habrá justicia en el cielo!

Kerou. Oh! cuanto debe sufrir la desdichada! (*se levanta.*) Qué es lo que dice? En dónde está?

Ali. No lo sé: ha huido con su hijo.

Kerou. Ha huido, y tú no has volado en su socorro! (*con arranque violento de cariño y desesperacion.*) Pero es que yo no quiero que muera!! que yo no quiero que se mate!! Es que... es mi

hija !... (*llamando.*) Que yo quiero perdonarla! Luisa !... Luisa !...

ALI. Corramos, padre mio!

Ali se precipita hácia el fondo con los brazos estendidos y llorando. Kerouan toma su espada y se la da á su hijo, haciendo con las palabras una transicion de voz alta á voz ronca y tono precipitado.

KEROU. Luisa ! Ah ! ten (*le dá la espada.*) para Jorge cuando la háyamos salvado... oh!... tú le matarás... si... tú... (*transicion.*) le matarás!

ALI. Marchemos. (*vanse precipitadamente.*)

ESCENA VII.

MR. MONTECLAIN, BRIAS y Dª AVANTIENNES.

MONT. Esos gritos!... Kerouan y Ali.... (*sale con precaucion por el fondo izquierdo.*) corren hácia la montaña ! Un grupo de gente está al pie de ella ! Qué será ? (*entran en escena.*)

Dª AVAN. Estamos solos?

MONT. Veremos. (*se dirige al cuarto de Luisa, toca la puerta y mira por la cerradura.*) Cerrada! No hay nadie !... ni en toda la alquería !... Qué significa esto?

BRIAS. Mejor para nuestro intento!

MONT. Está usted seguro, Briás, que esa muger se dirigia á este sitio?

BRIAS. La he visto muy bien cuando espiábamos su paso junto al lago vecino.

MONT. Entonces preparémonos á recibirla.

Dª AVAN. Muy difícil, señor marqués, es la prueba que usted intenta, y solo la amistad que le profeso y el respeto que me merece, me habria obligado á presentarme...

BRIAS. Lo mismo digo. Es casi increible...

MONT. Mr. Dª Avantiennes. La justicia tiene el deber de acudir do quiera que sea reclamada. Es cierto que en la imposibilidad de tener pruebas evidentes para librar á una noble familia del azote de la maldad y la intriga, he recurrido á un medio estraño, violento quizá hasta en sus consecuencias, pero... hemos de dejar impune un mal como el que combatimos? Hay otro camino? Usted como procurador del rey, puede encontrarle, y yo me someteré...

Dª AVAN. No hallo ninguno.

MONT. Entonces emprendamos este con la fé necesaria. Por fortuna la contestacion del duque, mi tio, aunque no prueba nada, me indica al menos el rumbo que debo tomar y...

BRIAS. Silencio. Viene gente.

MONT. Será ella quizá ; señores!...

Dª AVAN. Comprendo. Desde ese cuarto lo oiremos todo... Mr. de Briás...

BRIAS. Estoy pronto. (*entran en una de las puertas de la derecha.*)

MONT. Mi conciencia está tranquila... Si. El cielo me inspirará. (*se aparta á un lado.*)

ESCENA VIII.

Dichos y ANA.

ANA. Nadie. (*despues que baja por la montaña del fondo y que ha entrado mirando á todos lados.*) Sola la casa del general esta mañana. Sola tambien la alquería. Oh! será cierto lo que acabo de oir?... Jorge !... Jorge !.... el padre de ese niño !... Veremos si Luisa se atreve á ocultarme nada... Veremos si despues de todo se atreven tambien á negarme el nombre que me pertenece.

MONT. A eso vamos, condesa.

ANA. Monteclain !... (*despues de una pausa y reponiéndose.*) Es original este encuentro!

MONT. Si; necesitaba que me concediera usted una entrevista...

ANA. Y me ha seguido usted quizá !! Caballero, el medio me parece ridículo,. (*va oscureciendo.*)

MONT. Tal vez, pero es preciso que usted me escuche á pesar del sitio y de la hora.

ANA. Es preciso! Me admira un tono semejante.. y debo advertirle, que pretender asustar á una señora, es cosa de muy mal gusto.

MONT. Permítame usted esponerle á propósito de eso, una teoría, que desde hace tiempo he profesado siempre.

ANA. Bien Asi le servirá de ensayo su discurso para cuando el general os deje ser diputado. (*con sonrisa burlona.*)

MONT. Nadie mas que yo cree en el respeto que á una muger se debe. En nuestra sociedad, en que todas las carreras y todas las ambiciones nos pertenecen, en que la ley da al hombre la direccion de los mas graves negocios, en que su voluntad como padre y como esposo es casi siempre la regla absoluta, á la cual es fuerza que las mugeres se sometan, creo noble y bueno, que nuestros hábitos temperen esa autoridad arbitraria, y no conozco nada mas respetable ni mas lisonjero que la proteccion universal que la muger encuentra en su debilidad misma.

ANA. Marqués... se espresa usted perfectamente, y le aseguro un gran éxito en la cámara.

MON. Pero cuando acontece que la muger, en vez de ser humilde, tímida y sumisa, es un ser frio, egoista y... malvado; cuando el engaño ha sido su existencia habitual, cuando la mentira han sido tambien para ella un medio lícito de fortuna y engrandecimiento, cuando ha jugado con el honor de las familias, cuando por sus calumnias ha sembrado en torno suyo el dolor y la amargura.. confieso que la galanteria que me obligára á tratar á esa muger con el mas profundo respeto, me pareceria una irrision, una debilidad culpable, y un insulto hecho á la justicia del cielo y de la tierra.

ANA. Marqués... usted trata de tenderme un lazo cuyo objeto desconozco.

MON. No.

ANA. Usted es un cobarde, y no seria capaz de hablar á un hombre de ese modo.

MON. A un hombre lo habria entregado ya en manos de la gendarmeria.

ANA. Y que es lo que usted pretende de mi?

MON. Qué pretendo? Presentar á usted un bosquejo de ciertos hechos... de cierta novela terrible, para que usted me diga cuál podria ser el desenlace de ella.

ANA. Cómo?

MON. Yo podria indicarle desde luego uno... si usted no quisiera tomarse esa tarea, pero ignoro si le agradará ó no.

ANA. Qué misterio encierran sus palabras? Hable usted.

MON. Y ese desenlace, en fin, seria la libertad de Jorge.

ANA. Comprendo! Pero á mi pesar no puedo devolvérsela... Ya sabe usted que el divorcio

está abolido.

Mon. Existe, sin embargo, un artículo en nuestro código, que dice «Cuando ha habido error en la persona... el matrimonio puede ser declarado nulo!»

Ana. Se atreve usted á intentar una suposicion semejante! (*con energía.*)

Mon. Condesa...

Ana. Marqués... Respéteme usted, ó yo me sabré hacer respetar... (*con dignidad.*)

Mon. Despues de haberme oido. (*con mas fuerza. Ana queda suspensa.*)

Ana. Hable usted, caballero, hable usted.

Mon. Usted sabe que la condesa de Beauval, nació en Pondichery... de Mr. y Mme. de Marsan, parientes del duque de Hericy mi tio...

Ana. Y á qué me recuerda usted mi nacimiento?

Mon. Usted rectificará los errores que yo cometa. Déjeme usted proseguir.

Ana. Ya escucho... (*algo turbada.*)

Mon. A los doce años se halló huérfana... y á los quince viuda del conde de Beauval. Viéndose sin familia, y casi sin fortuna, decidió dejar la India, donde por entonces vivia, y venir á Francia en busca del duque de Hericy. Partió, pues, en compañía de una tal Isabel Pommier, que habia sido allí educada con ella, y que por consiguiente estaba iniciada en los mas íntimos secretos de la familia... Es verdad cuanto refiero?

Ana. Y... á qué viene la narracion de todos esos pormenores?

Mon. Durante la travesía... parece que Mme. de Beauval, cayó peligrosamente enferma.

Ana. Está usted engañado... nunca me sentí mejor.

Mon. Entonces fué Isabel Pommier la que estuvo enferma, segun veo; porque es indudable que una de las dos mugeres, que viajaban en el Atlante, se hallaba á punto de espirar en el momento en que aquel buque naufragó... frente al cabo de Cap. Todos perecieron, á escepcion de ellas dos, á quienes un piloto pudo salvar, llevándoselas á su casa. El buen holandés, que no comprendia la menor palabra francesa, equivocó á la criada por la señora. Dió la mejor habitacion á Isabel Pommier, que aun continuaba enferma de peligro, y alojó de cualquier modo y cerca de ella á la condesa de Beauval, para que la asistiese.

Ana. Y qué? (*turbada.*)

Mon. Que... lo que nadie creeria... Isabel Pommier... la indigna, la traidora Isabel Pommier...

Ana. (Oh!!) (*con ira.*)

Mon. Aunque no del todo restablecida... se levantó una noche, y envenenó á su ama la condesa de Beauval.

Ana. Miente usted. (*precipitándose en sus iras.*) La condesa de Beauval murió naturalmente.

D' Avan. Basta! (*abriendo la puerta y saliendo con Brias.*)

Ana. Cielos! Ah! (*conociendo lo que ha hecho.*)

Mon. Señores, la condesa de Beauval ha muerto. Isabel Pommier se apoderó de los papeles y del nombre de su ama; se presentó en casa del duque de Hericy como parienta... fué de allí arrojada, y coronó por fin su vida aventurera, con un matrimonio nulo... nulo por la ley..

Ana. (Oh! Qué me resta ya?)

D' Avan. Señora... (*Ana pregunta con estrañeza quién es.*)

Mon. (*presentándole á Ana y sonriendo con afectada galantería.*) Monsieur D' Avantiennes, procurador del rey. (*llevándola á aparte.*) Elija usted. Si reconoce su identidad... Si firmando este papel, en el cual manifiesta su verdadero nombre, deja libre por semejante medio á Jorje... libre tambien puede usted salir de Francia hoy mismo, sin que la justicia intervenga en este asunto. Sino...)

Ana. Monteclain... sé que estoy perdida... que solo me aguarda la vergüenza y el oprobio; ya accediendo á lo que usted exije, ya negándome á ello... Cree usted que mi orgullo pudiera consentirlo!!! Cree usted que mi corazon, por gastado que esté, no sienta ya el remordimiento, cuando no pueda hacérmelo olvidar el lujo, los placeres y las consideraciones sociales?.. Monteclain... usted me ha perdido... pero yo le perdono... usted me ha condenado... pero su deber se lo imponia... Adios.

Mon.. Una palabra.

Ana. Mr. D' Avantiennes... Suplico á usted me preste el apoyo de su brazo... y me acompañe hasta mi quinta... Quiero que usted, que todo el mundo vea... como respondo á las acusaciones que acabo de sufrir... Quiero que usted, en fin, venga conmigo.

D' Avan. Señores...

Mon. Pero...

D' Avan. Señor marqués, suplico á usted que confie á mi únicamente la terminacion de este suceso.

Ana. Adios, Monteclain! Adios... Briás!.. (*vase y D' Avantiennes.*)

Mon. (Qué nuevo proyecto?)

ESCENA IX.

Brias, Monteclain y Magdalena, *corriendo.*

Mag. Señor marqués! señor marqués!.. (*aterrada.*)

Mon. Magdalena.

Mag. Socórranos usted por Dios! Mi tio Kerouan. El general... Alí... todo el mundo corre en vano tras ella!

Mon. Cómo!

Mag. Luisa se ha escapado medio loca con su hijo! No se la encuentra por la montaña, sin embargo de que unos aldeanos aseguran haberla visto cruzar por ella con direccion al lago vecino.

Mon. Cielos! Qué intentará esa infeliz!

Mag. Todo se ha descubierto; y no será estraño que quiera atentar contra su vida.

Mon. Briás, amigo mio, sígame usted! Veamos si podemos salvarla! Vé, Magdalena... busca á los criados de la alquería... que enciendan hachas!.. Ah! Pobre Luisa! (*vanse.*)

ESCENA X.

Jeny, *despues* Kerouan, el General, Alí *y criados*, Domingo.

Jeny. Corra usted, marqués... corra usted!.. Ay!..

Yo no puedo mas! Las fuerzas me abandonan!.. En vano pretendí seguirla en su carrera! (*va al foro.*) Esa luz!.. Mi padre! Ah! Hable usted. (*salen todos.*) Hable usted! (*sale Domingo.*)
GEN. No se la encuentra.
JENY. Dios mio!
KER. Luisa! Luisa! (*cae en una silla.*)
ALI. Pero... era inutil volver... Marchemos de nuevo...
MAG. (*dentro.*) Ah!! (*dando un grito, sale.*)
TODOS. Magdalena! (*viéndola salir.*)
MAG. Allí... en la cima de la roca negra no ven ustedes una sombra? (*señalando al campo.*)
TODOS. Una muger!.. (*mirando.*)
KER. Se detiene! se pone de rodillas!
GEN. Cielos! Y el lago que está al pie de la roca!
ALI. Dejadme á mi solo! (*vase corriendo.*)
GENE. Ahora se levanta.
KER. Ali se acerca.
DOM. Otro hombre se acerca corriendo!
GEN. Ella los vé. (*se oye el golpe de un cuerpo que cae al agua. Todos se horrorizan y dan un grito.*)
TODOS. Ah!!
KER. Señor, piedad! (*cae de rodillas.*)
DOM. Ali se ha precipitado detrás de ella al lago para salvarla.
KER. Oh! no me arrebates á los dos!... (*alzando las manos al cielo.*)
DOM. Mil rayos! El esfuerzo de Ali ha sido en vano!.. La muger...
KER. Acaba!
DOM. Ha desaparecido!
KER. Es mi hija! Dejadme! (*queriendo salir.*)
GENE. Kerouan! detente!
KER. Quiero morir con ella!
DOM. Ali vuelve!..
KER. Solo!
DOM. Varios aldeanos intentan sacar del agua... Oh! (*apartando la vista.*)
JENY. Basta, Domingo.
KER. Ali... Hijo mio!.. (*viéndole salir y llorando.*)
ALI. (*sale sin casaca y en desorden.*) Padre! Dios la habrá recibido en su seno! Perdóneme usted!.. Si su desesperacion ha sido mayor que mis esfuerzos!
KER. Luisa!... (*llorando.*)

ESCENA XI.

Dichos y JORGE.

JORGE. Luisa!... Ah!.. Dónde está?.. dónde está?
TODOS. Jorge!
KER. Ven, miserable, ven á ver aquel cadáver que acaban de sacar á la orilla del lago!
JORGE. Luisa muerta!
ALI. Si, muerta... muerta, porque usted la amó.. porque usted causó su deshonra!.. Padre mio!. (*tomando las dos espadas de encima de la mesa.*) La hora es llegada.
GEN. y JENY. Ali!!
GEN. Kerouan... Kerouan... Despues de cuarenta años de amistad, hemos de ver á tu hijo y al mio... Oh! es imposible!..
KER. Luisa ha muerto! (*con energia.*)
GEN. Kerouan... Seria un combate sacrilego.
KER. Luisa ha muerto... deshonrada... perdida.. (*lo mismo.*)
JOR. Y yo merezco morir... (*á Ali.*) Mátame... no quiero defenderme!..
ALI. Despues de haber deshonrado á la hermana, quiere usted deshonrar tambien al hermano... quiere usted que yo le asesine!..
JOR. No. Dame una espada!..
GEN. Jorge!
JOR. Padre, es preciso acabar de una vez.
GEN. Defiéndete al menos, desdichado! defiéndete! (*bajo.*)
JEN. Hermano mio!
GER. Hé aqui las espadas de vuestros padres. (*dando á cada uno una espada.*)
DOM. Pero... no lo consentiré... Matarse asi... entre las sombras de la noche!
KER. Pues bien. (*tomando velozmente una antorcha de manos de uno de los criados, y colocándose en medio de los dos jóvenes, aunque algo detrás.*) Yo alumbraré el combate! Ali, venga á tu hermana!..
JEN. Padre! padre! (*ocultando el rostro contra el pecho de su padre, van á empezar, sale el marqués.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, MONTECLAIN, LUISA *y Paisanos con luces.*

MON. Deteneos... (*en el momento en que van á empezar el combate, se presenta Monteclain con Luisa, trayéndola de la mano.*)
TODOS. Luisa!
KER. Gran Dios! Ella! Ella! Luisa... Ah! hija de mi corazon! (*abrazándola.*)
LUI. Si, sí: salvada con mi hijo... por Mr. de Monteclain...
KER. Hija de mis entrañas...
GEN. Marqués.. marqués... Deme usted esa mano.
MON. Los brazos, general.
DOM. Pero esa muger que han sacado del lago...
MON. Ella misma se ha impuesto el castigo que la ley le preparaba, y desasiéndose del brazo del procurador del Rey... la condesa de Beauval ha dejado de existir.
GEN. La condesa!
JOR. Cielos!
JEN. La condesa de Beauval...
MON. Jorge es libre!
KEROUAN, LUISA y ALI. Libre!!!
JOR. Kerouan!.. Padre mio!.. Luisa!..
GEN. Señor marqués... Usted será el padrino.
ALI. Jorge!
KER. Simon!.. Simon!.. Yo no puedo serlo del señor marqués... (*abrazándolo.*)
MON. General, hoy por vez primera, he entrado en su casa de usted. Se dignará usted entrar asi mismo en la mia? Alli, solo encontrará usted amigos.
GEN. No. Alli encontraré siempre á mis hijos. (*reune á Jeny y Monteclain.*)

Cae el telon.

Madrid, 1847.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.